

8 Feb.º 77 83-4  
2-495  
LA TRIBUNA, EL FORO Y LA CATEDRA SAGRADA

HISTORIA  
DE LA  
ELOCUENCIA

ESTUDIOS CRÍTICOS Y DOCTRINALES

ACERCA DE LA PALABRA COMO EXPRESION DEL PENSAMIENTO HUMANO,  
SU MISION EN NUESTROS DIAS, Y MEDIOS DE REALIZARLA

POR

D. ANTONIO BRAVO Y TUDELA

ABOGADO DEL ILUSTRE COLEGIO DE MADRID, INDIVIDUO DE VARIAS CORPORACIONES CIENTÍFICAS Y  
LITERARIAS, SECRETARIO DE LA COMISION GENERAL CODIFICADORA, ETC., ETC.

Cuaderno *10*

9606

MADRID  
IMPRENTA DE LA SOCIEDAD TIPOGRÁFICA  
calle de la Flor Alta, núm. 1  
1877

L47 - 8843

LA TRIBUNA, REVISTA DE LA LIBERTAD Y DEL PROGRESO

HISTORIA

DEL

ELOQUENCIA

ESTUDIOS CRÍTICOS Y DOCTRINALES

DE LA HISTORIA DEL ELOQUENCIA EN AMÉRICA LATINA

DE ANTONIO ERASMO Y FIGUEROA

Cuadernos

1910

IMPRESA DE LA TRIBUNA, REVISTA DE LA LIBERTAD Y DEL PROGRESO

1910

80-2

Man. de p. 6196-1010

ELOCUENCIA EN LA ANTIGÜEDAD  
Autoridad, poder, getapnia; religion, moral; la ciencia y  
el arte..... todo se examina; todo se pone en tela de juicio; todo  
encontrar deñadores é impugnadores calurosos en las aulas y  
ateneos, en los congresos y públicas asambleas.

Y a pesar de que los oradores en el sin embargo y sin pen-  
samientos, los escollos que han de presentarse al ejercitar en  
definitiva sus facultades.

Caracteres en el idioma patria de una gran parte de los mo-  
los oradores de la clásica antigüedad; y los poderes que existen  
se hallan reflejados en las obras de los escritores y bibliotecas.

Del cuadro de la enseñanza oficial se ha segregado hace años  
la asignatura objeto de estos estudios:  
Y las reglas, los preceptos se desdibujan, cuando no se los com-

lato y causante (causa) de la enfermedad, cuando no se los com-  
de modo, y cuya inutilidad es evidente.

### CAPÍTULO PRELIMINAR

Al lector.—Conceptos y afirmaciones.—La palabra.—Cuestiones acerca de su  
origen.—Etnografía.—Idioma primitivo.

Faltan en España á la juventud y á cuantos por su profesion  
se dedican al cultivo de la elocuencia derroteros fijos, fuentes  
limpias de extraños manantiales á que acudir para poder apreciar  
el desenvolvimiento histórico de la oratoria antigua y moderna:  
asunto vasto é importantísimo en las altas regiones del entendi-  
miento y la fantasia; eficaz y poderoso en las esferas de la activi-  
dad y del progreso humano.

Marcar esos derroteros, señalar esas fuentes, indicando despues  
las enseñanzas que de ellas se deducen en el concepto crítico y  
doctrinal, va á ser nuestra tarea.

Á nadie se oculta, á nadie puede ocultarse, especialmente en  
nuestros dias, la importancia de la palabra.

Vivimos en tiempos de discusion; de dudas; de atrevidas afir-  
maciones y negaciones desgarradoras.

A Bravo y Piñola

Autoridad, poder, gerarquía; religion, moral; la ciencia y el arte..... todo se examina; todo se pone en tela de juicio; todo encuentra defensores é impugnadores calorosos en las aulas y ateneos, en los congresos y públicas asambleas.

Y surgen entre nosotros los oradores, casi sin saberlo y sin pensarlo; no cuidándose, ó teniendo en poco cuando ménos, las dificultades, los escollos que han de presentárseles al ejercitar en definitiva sus facultades.

Carecemos en el idioma patrio de una gran parte de los modelos oratorios de la clásica antigüedad; y los pocos que existen, se hallan relegados al olvido en los archivos y bibliotecas.

Del cuadro de la enseñanza oficial se ha segregado hace años la asignatura objeto de estos estudios:

Y las reglas, los preceptos se desdeñan, cuando no se los combate y censura como cosa estéril, como preocupacion que pasó de moda, y cuya inutilidad es evidente.

Se pretende caminar sin maestro y sin libro; sin preparacion y sin estudio; sin fatiga y sin trabajo.

¡Ah! la historia nos demuestra, y ellos nos lo dicen, que sin el aprendizaje lento y penoso de todos los dias, sin el cultivo de las reglas y el auxilio de la ciencia, las colosales figuras cuyos nombres, cuya vida, cuyos trabajos de mayor estima vamos á evocar, no merecerian el recuerdo de las generaciones, ni éstas les tributarían unánimes el homenaje de su admiracion y sus aplausos.

La esencia de la maternidad la constituye la cooperacion activa, la elaboracion asidua y constante de toda institucion creadora que dilata su propia vida hasta producir otra vida, su propio sér hasta producir otro sér, y luego lo acaricia, vela solícita y cuidadosa por su natural y progresivo desarrollo, hasta colocarle en condiciones de servirse á sí mismo sin riesgos y sin peligro.

Por esto el arte y el estudio de las buenas letras, la ciencia en suma, madre real y efectiva, no hiperbólica ni figurada, llena

siempre, llena constantemente cerca de la juventud su misión benéfica, cariñosa y previsoras.

Si, por otra parte, la historia de una ciencia, ha dicho un juriconsulto moderno, de un arte cualquiera, es conocer la ciencia y el arte mismo; si la historia es maestra de la vida, según Cicerón, ¿cuál será el fruto que podemos prometernos de unas investigaciones históricas acerca de la palabra, cuyo magnífico trono se alza en Grecia por vez primera, inmortaliza el pueblo romano, santifica más tarde el Cristianismo, y eligen para sí en el transcurso de los siglos los apóstoles de todas las grandes ideas, los mártires de la religión, los mártires del progreso y la libertad?

La lucha y la conquista, tal es, dice Paignon, el destino del hombre en la vida. « ¡Virtud santificante la del trabajo y del dolor! » exclama en igual sentido un célebre filósofo alemán, y añade: « Tú semejas que destruyes, cuando creas; que abates, cuando exaltas; que debilitas, cuando fortaleces; que eres, en fin, signo de inferioridad y de impotencia, cuando en realidad eres muestra inequívoca de superioridad y grandeza. »

Estudio, ciencia y arte há menester el orador para llenar cumplidamente sus destinos.

No desdeñeis, pues, jóvenes este libro: que si por ser nuestro mereciera desden, hallareis en él mucho que es de otros, mucho que no nos pertenece, digno bajo diferentes aspectos de fijar vuestra atención.

Siempre que estudiamos al hombre; siempre que intentamos darnos cuenta de las relaciones de su organismo con los fenómenos que patentizan sus elevadas dotes de inteligencia y sensibilidad, tropezamos con grandes é insondables misterios.

Misterios que nos alientan y vivifican; que nos empuñan y anodan. Misterios que nos permiten levantar reconocidos al cielo nuestros ojos, ó nos obligan confundidos y avergonzados á bajarlos hácia la tierra, como si ésta fuese el principio y el fin de todas nuestras ilusiones, de todos nuestros delirios y esperanzas.

Hay en el hombre nobles y generosos instintos; elementos de vida destinados á no sucumbir jamás; atributos superiores, que sólo pueden haberle sido otorgados por una mano omnipotente y divina:

Y á cambio de esos privilegios, de esos dones, de esas facultades, anacronismos que se traducen en pasiones, en vergonzosos instintos, que rebajan nuestra dignidad y marchitan de continuo las egregias facultades del alma.

Menester es, para no caer en las aberraciones de la duda ó en los abismos de la indiferencia, que nos remontemos más allá del mundo en que nace, en que vive, crece y muere la materia; que nuestro espíritu, para poder explicarse esos misterios, esos anacronismos, esas contradicciones palmarias de nuestro sér, rompa con sus brillantes y doradas alas la grosera cárcel en que está encerrado, y levantando el pensamiento á más nobles y transcendentales propósitos, busquemos el fundamento, la esencia de los atributos que nos distinguen de los demas séres que pueblan el universo, en algo superior, en algo que nos ha sido concedido para merecer y alcanzar dicha más cumplida de la que nos es dable disfrutar en las breves horas de nuestra peregrinacion sobre la tierra.

—Dios puso al hombre delante de sí, y le marcó con la señal de su rostro; le revistió de fuerza y de poder; hizo que irradiase de su frente un terror capaz de sujetar á los animales; le dió el juicio y la palabra; ojos para ver, oídos para oír, una inteligencia para comprender y un corazón para amar.—Tal es el hombre á la luz de un dogma claro y definido; el hombre, según la Escritura, *virum perfectum*; á imágen y semejanza de Dios, *secundum imaginem suam fecit illum*.

Un nuevo dogma completa esta doctrina; junto á la palabra *creacion* aparece otra, *la caída*; punto oscuro sin el cual, según la expresion feliz de un orador sagrado, no hay luz en ninguna parte.

*Creacion perfecta, creacion milagrosa y grande; caída vergon-*

zosa y criminal; relacion instantánea de una y otra, traducible en hechos, que ora revelan la sublimidad de nuestro origen, ó acusan las imperfecciones hijas de la transgresion humana.

No cabe, no conocemos, no se ha dado, no puede darse una explicacion más clara, más sencilla, más racional del principio del bien y del mal sobre la tierra.

De tal manera el Cristianismo ilumina desde su cuna los misteriosos arcanos del hombre; hace conciliable la omnipotencia y la bondad divina con la libertad humana, y explica de una manera elevada y grandiosa los múltiples y varios elementos que luchan en nosotros, que se manifiestan en todos nuestros actos y constituyen el ejercicio de todas nuestras facultades.

*Idea, verbo, razon, pensamiento*, voces sinónimas; términos que expresan un mismo concepto; hilos conductores, por medio de los cuales se verifica, tiene lugar la representacion de los objetos exteriores en el espíritu.

*Mirada, gesto, accion, escritura, lenguaje*, manifestaciones externas de lo que pasa, de lo que se siente dentro del alma.

En conjunto, elementos constitutivos de la supremacía del hombre; ecos del mundo que suspira ó ruge dentro de nosotros; principios esenciales de la *sustancia* reflexiva, sensible y pensadora que anida en la *materia*, y cuya manifestacion es incompleta atendida la imperfeccion de los órganos de que se sirve.

El lenguaje, la voz articulada, es bajo un aspecto meramente anatómico y fisiológico una parte no más del gesto y de la accion; un sonido, el choque vibratorio del aire al pasar por la glótis, profundamente estudiado por Richerand, Berard, Gerdy, Fournier y Muller; elevado á un concepto filosófico inadmisibile por Heder y Haman, fundadores de las teorías del innatismo y de la espontaneidad de la palabra, de que no creemos necesario ocuparnos en este sitio <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Puede verse acerca de estas materias el notabilísimo *Curso de Literatura general*, escrito por nuestro distinguido amigo el Sr. D. Francisco de Paula Canalejas.

Plutarco decía : « nadie *habla*, ni *canta* sino el hombre, á quien *los dioses* han concedido el uso de la voz articulada. »

Platon, Aristóteles, Ciceron y Dionisio de Siracusa entreven el origen histórico y racional de la palabra, que Descartes y Leibnitz atribuyen, como Plutarco, á la divinidad ; que la escuela materialista representada por Locke, Desttu-Tracy, Maine de Bivam, y áun el mismo Jouffroy, rebajan al concepto de una nueva conquista, de un adelanto, de un progreso, debido á nuestra sola y exclusiva actividad, ocasionando los nuevos extravíos de Grim, Humbold, Bunsen, Heyse y Steinthal, todos ellos demostracion incuestionable de la imposibilidad de aclarar puntos tan controvertidos, materias tan oscuras, sin el auxilio de una filosofía más elevada ; sin el auxilio de la revelacion.

Todo nace, vive y muere ; sólo la *palabra* subsiste á través de los siglos, llega hasta nosotros, la perciben nuestros oídos, conmueve nuestra alma, excita nuestro corazón, y por su medio el hombre, animando el mundo de los espíritus, realiza el modelo divino que siente dentro de sí, le encarna, le reviste de formas sensibles y nos le ofrece palpable, definible, real, positivo y verdadero.

*Naturaleza, hombre, inteligencia, palabra* : hé aquí, según Berryer, cuatro principios enlazados íntimamente y necesarios para explicar la personalidad humana.

La naturaleza existe, el hombre existe, y con el hombre la palabra en su acepcion más lata, la *voz*, el *gesto*, la *mirada*, auxiliares poderosísimos de ese arte cuya historia nos proponemos escribir <sup>1</sup> bajo el punto de vista de sus más importantes manifestaciones, el *Foro*, la *Tribuna* y la *Catedra sagrada*.

Sin la *palabra*, la obra más acabada del Criador sería la pobre expresion de un poder imperfecto : nada revelaría sus altos fines,

1 No pretendemos decir, en tan difícil tarea la última palabra. Hemos sido ántes de ahora iniciadores de esta clase de estudios entre nosotros, y hoy los continuamos con suma complacencia ; pero siempre con gran desconfianza y temor, y fiándolo todo á la indulgencia de nuestros lectores.

y su existencia pasaria como pasa la de esas delicadas flores que viven un solo dia.

De la *palabra* procede casi todo el perfeccionamiento del hombre : la *palabra* domina al mundo, y la *historia de la palabra* es una de las pruebas más convincentes de la unidad de la especie humana.

La *voz* se convierte en *palabra* y el gesto en *accion*, cuando por su medio se expresan los sentimientos del alma. La palabra en el hombre no es como el canto en las aves ; así es que no hay *palabra*, en la acepcion moral, filosófica y literaria bajo la cual nosotros la consideramos en este libro, cuando la voz, al propio tiempo que lleva el sonido á los oidos, no lleva tambien el pensamiento al alma : *nisi aliquid significet, nisi aliud ad aures ferat, aliud menti inferat, verbum non dicitur.*

La palabra es, pues, en definitiva, algo más que el signo del pensamiento, es su expresion y su cuerpo. La palabra es vida, y de ella parte como de un manantial purísimo revistiendo formas diversas, que revelan en toda su plenitud la esencialidad del espíritu, y tocando á la parte íntima de nuestro sér, constituyen los rasgos más esenciales y característicos de nuestra personalidad.

¿Quién inventó ese artificio tan maravilloso? nos preguntábamos en la obra que publicamos hace algunos años acerca de la elocuencia cristiana <sup>1</sup>; y contestábamos : — La Biblia nos dice que en un principio existia la *palabra* ; que *la palabra era Dios* ; que Dios habló al hombre, y el hombre impuso por su *mandato* nombre á todas las cosas, —é idéntica respuesta damos hoy á nuestros lectores ; respuesta lógica y en armonía con los conceptos y afirmaciones que dejamos consignadas.

Aceptad, siquiera sea por un momento, la doctrina de los que

---

1 En 1865.

sostienen que el hombre proviene de un sér inferior en la escala zoológica; que el hombre se ha ido perfeccionando lentamente hasta llegar á lo que es hoy, y esto valdrá tanto como decir, que el cerebro que piensa, el corazón que siente, el espíritu que se eleva, el *quid divinum* que cual fuego sagrado arde en el fondo de nuestro organismo, todo ello es ilusión y loco desvarío. Ilusión y loco desvarío sin los cuales no habría resignación bastante para soportar el trabajo y la fatiga que en todos los momentos de la existencia nos impone la lucha incesante del bien y del mal acá en la tierra!

Hay una voz que resuena de continuo en el fondo de nuestra alma; una voz que nos grita que somos más que grosera forma ó miserable levadura.

Observando detenidamente nuestro propio espíritu, pensando un solo instante en la actividad de sus facultades, deteniéndonos ante su recíproca correspondencia, nos vemos precisados á exclamar con San Agustín: *Multa mihi super hoc oboritur admiratio, stupor apprehendit me.* Sí: todo cuanto dejamos dicho, y mucho que pudiéramos añadir, afirma y patentiza que el hombre no ha nacido para vivir encerrado en sí mismo. Su existencia no se concibe sin la existencia de los demás; la realización de sus destinos pende de la recíproca cooperación de sus semejantes; un secreto impulso le obliga á *manifestarse* sin que el más refinado egoísmo sea suficiente para contrarrestar esa necesidad que todos experimentan: *¿conceptum sermonem tenere quis poterit?*

La *palabra*, pues, no ha sido *inventada*, ni *adquirida*, como quieren algunos; es un atributo inherente á la propia naturaleza del hombre; naturaleza que, como sostiene la doctrina católica, viene de Dios, y sólo ha podido ser obra de Dios.

Dada la idea del espíritu, nace necesaria y forzosamente la de la *palabra*. Sin que el entendimiento forme un juicio, no se concibe la *palabra*; por eso la causa impulsiva, coexistente de la *palabra* es el *pensamiento*: lo que Augusto Nicolás llama el lenguaje íntimo del alma, ó sea la *revelación*.

«Y el Señor llevó su mano y tocó mi boca, y me dijo: En tu boca he puesto mis palabras.» Sin este don divino, ¿qué sería la criatura...? la ignorada planta que sin nombre crece en la inmensidad de los campos; el grano de imperceptible arena que reposa en el fondo del mar; la arista que vuela por los insondables abismos del desierto á impulsos del huracán.

La imagen de Dios, de cuya reproducción en el hombre nos habla el gran libro, se explica perfectamente en la palabra, como expresión del pensamiento humano; y por esto la palabra no es sólo un *medio*, sino que es en sí misma un *poder* esencialmente creador. Es *efecto* en cuanto al que la pronuncia, es *causa* respecto de aquel á quien se dirige; no es la palabra, dicen los materialistas, el *espíritu*, pero tampoco añadimos nosotros es la *materia*. Con la caída del hombre, la palabra perdió una gran parte de su poder creador, conservando no obstante el suficiente para mostrarnos sin género alguno de duda, que no es ni puede ser otra cosa que un destello sublime de la mente de Dios.<sup>1</sup>

A pesar de que no se concibe ni se explica un *lenguaje artificial* resultado de un convenio más ó menos explícito y terminante, no han faltado filósofos y filólogos que se atrevan á combatir lo que como eterna é inmutable verdad llevamos escrito con caracteres indelebles en nuestra propia conciencia.

Veamos cómo se expresan los que pretenden explicar sin la ayuda de la *revelación* el origen del lenguaje.

«El hombre, dicen, permaneció por más ó menos tiempo *mudo* ante el admirable espectáculo de las maravillas que le cercaban: después la alegría, el dolor, le hicieron prorumpir en *gritos*

<sup>1</sup> La idea de que el Verbo encarnó en cierto modo, tomando como cuerpo la *palabra* del hombre, se encuentra en la *Homilía 25 de Orígenes sobre San Mateo*, y en *Tertuliano de resurrectione corporum*, cap. 37.



*agudos y penetrantes* <sup>1</sup>; consiguiendo más tarde *inventar* la *palabra*, que desde entónces camina paso á paso á su perfeccion. » Hé aquí resuelto el gran problema. ¿Para qué remontarnos á regiones que engrandecen y subliman al hombre? Contentémonos con esta desconsoladora teoría:—la palabra no es más que una consecuencia inmediata, natural, de la estructura de nuestros órganos. <sup>2</sup>

Rousseau, en medio de sus extravíos acerca del origen de la sociedad, dice, « que es imposible que el idioma naciese y se estableciese por medios puramente humanos: » Humbolt, célebre etnógrafo, á quien ántes hemos citado, asegura, « que las lenguas no adquieren su desarrollo lentamente, sino que lo reciben de una *fuerza desconocida* de la mente humana: » la Academia de Petersburgo decidió despues de una larguísima investigación, « que todas las lenguas deben considerarse como dialectos de un idioma perdido: » Merian, adopta la misma proposición, rogando á los que se atrevan á dudar de la *unidad* del idioma despues de haber leído á Whiter, que estudien á Gouliano: Federico Schlegel, si bien en un principio no se decide á hablar del idioma como un beneficio del cielo, en su última obra, que no pudo concluir, afirma terminantemente « que el lenguaje ha sido concedido, comunicado y conferido al hombre por Dios. »

Por último, escritores nada sospechosos para ciertas escuelas, para espíritus fuertes y despreocupados, tales como de Maistre, Ballanche y Lamménais, siguiendo en la cuestión que nos ocupa más ó ménos ostensiblemente las huellas de los Santos Padres <sup>3</sup>, consultando el gran libro donde éstos aprendieron á conocer la

1 Las interjecciones.

2 Tal es la síntesis de la doctrina materialista en la cuestión que nos ocupa. ¿Parecerá á algunos satisfactoria...?

3 San Atanasio, en su *Orat. contra los gentiles*: San Basilio, en su *Homilia, Attende tibi ipse*: San Gregorio Nacianceno, *Orat. 14 y 16*: San Ambrosio, en los libros *Immortalitate animæ*, de *Trinitate*, y de *Quantitate animæ*, y San Agustín en los capítulos 8.º al 19 del libro X de sus *Confesiones*, se han ocupado de este asunto, mostrándose profundos idiólogos, filósofos y pensadores. Más de lo que ellos escribieron no es posible escribir: su *genio cristiano* disminuyó cuanto la mirada del hombre puede abarcar en lo que se refiere á los fenómenos psicológicos del alma.

verdad, con cuyos brillantes resplandores iluminaron al mundo, reconocen más ó ménos explícitamente como *único* origen del lenguaje la *revelacion*.

Bonald, al principio de este siglo, expuso una nueva teoría acerca del origen de la palabra, peligrosa por cierto, toda vez que partiendo hasta cierto punto de la *revelacion*, envuelve en sí misma errores transcendentales.

Hé aquí la síntesis de su sistema <sup>1</sup>:

Es necesario, dice, al espíritu alguna expresion para que tenga conciencia de sus pensamientos. Antes del lenguaje, el entendimiento se asemejaba al libro cerrado con siete sellos. El espíritu, sin haber oído la palabra, es vacío, desnudo; no existe para sí mismo, ni para los otros. Los hombres reciben de unos á otros la existencia física por medio de la generacion; la existencia moral por medio de la palabra. Nuestro entendimiento es un lugar oscuro donde no percibimos ninguna idea, ni aún la de nuestra propia inteligencia, hasta que la *palabra humana*, que puede muy bien compararse á la *palabra divina*, ilumina á todo hombre que viene al mundo, llevando la luz al seno de las tinieblas y penetrando hasta el espíritu por el sentido del oído: entónces cada idea, llamada por su nombre, se presenta y responde como las estrellas en el libro de Job al mandato de Dios: — Héme aquí.

El hombre para Bonald no es más que tradicion y autoridad; *inteligencia servida por órganos*. De la palabra provienen, segun él, las controversias de los deístas y los ateos, de los cristianos y los filósofos; y la palabra, atendido su origen divino, es la única prueba positiva de la existencia de la divinidad. Teoría que conduce necesaria y fatalmente al *sensualismo*, que Bonald mismo condenaba en otros sentidos.

— Por otra parte, si la palabra es tan absolutamente necesaria para la manifestacion de la idea, que sin ella no se concibe la

1 *Legislation primitive.—Recherches philosophiques.*

existencia de la idea misma; ¿de qué manera se explica la vida futura del pensamiento y la conciencia? ¿cómo se concibe la existencia del alma, despojada por más ó ménos tiempo de los órganos de que se sirve? Ved aquí entre otras las consecuencias de un sistema que comienza por reconocer el origen divino de la palabra, pero que se pierde despues, que se extravía lastimosamente, viniendo á caer en tésis atrevidas que repugnan á la razon y á la lógica.

Resumiendo la teoría de los que suponen que el hombre, obediendo á la ley de la necesidad, inventó las *interjecciones*, elevándose poco á poco hasta las demás partes del discurso; ni la de Bonald, que conduce á negar la existencia del alma separada de los órganos de que se sirve, pueden resistir un exámen detenido y concienzudo: una y otra se oponen á la tradicion y á la historia, ambas á dos las rechazamos.

Para resolver el origen de la palabra, apelar podemos al estudio de una ciencia, moderna por cierto, pero que ha hecho grandes progresos, merced á las profundas investigaciones de los sabios que la han cultivado.

La *etnografía*, poderoso auxiliar para la historia, nos ofrece, en efecto, nuevas pruebas de las verdades que dejamos enunciadas en lo que se refiere al origen comun de la especie humana y á la existencia de un *idioma primitivo*, que los hombres perdieron por haber sido *súbitamente* separados los unos de los otros.

Leibniz puso en el siglo xvii los verdaderos cimientos de la ciencia etnográfica y apartándose del inútil empeño de los filósofos antiguos, dió nueva direccion á los trabajos hechos en esta materia, de suyo árida y trabajosa. Hervás <sup>1</sup>, Panduro <sup>2</sup>, Cata-

1 *Catálogo de las lenguas conocidas y noticia de sus afinidades y diferencias*—1786.—*Origen, formacion, mecanismo y armonia de los idiomas indios*.—1783.—*Vocabulario poligloto con prolegómenos de más de 150 lenguas*.—1787.

2 *Idea del universo*.

lina II de Rusia, Werdin<sup>1</sup>, Adelung, Vater, Klaproth, Balby, Abel, Remusat, Whiter, Kennedy, Goulianoff, Merian, De Hammer, Schlegel, Humbolt y otros, cuya cita se haria enojosa y hasta inoportuna en este sitio, han seguido más ó ménos sus huellas.

No han sido estériles los trabajos etnográficos.

Los entendimientos que, no dándose por satisfechos con la fe, lo fian todo á la razon, han tenido que confesarse vencidos, reconociendo y confesando que Dios no pudo dotar al hombre de una sensibilidad exquisita, de una inteligencia superior, de un alma, en fin, sin darle á la vez recursos con que realizar en la esfera de la vida todas estas facultades.

El origen divino de la palabra se demuestra, pues, por la misma filología, toda vez que siguiendo su historia se llega á un punto en el cual hay que convenir en que, existiendo entre los idiomas analogías marcadísimas, por más que los separen diferencias esenciales, esto no puede ménos de ser el resultado de un suceso extraño, de una gran perturbacion, que bien pudo ser la division de las lenguas, añaden hasta los más distantes de la doctrina católica<sup>2</sup>.

¿Deberemos; despues de lo expuesto, detenernos á investigar cuál pudo ser el idioma primitivo? ¿contribuiria á poner término á las disputas que ha originado esta cuestion; lo que acerca de ella pudiéramos escribir?... La controversia sobre este punto se ha considerado por algunos como peligrosa; nosotros la conceptuamos perfectamente estéril.

Antes de la confusion de las lenguas, el pueblo era *uno* y el lenguaje de todos *uno* mismo, *unus est populus et unum et labium*

1 Conocido más comunmente con el nombre de P. Paulino de Saint Barthelemy.

2 Esta conclusion es decisiva y confirma la única manera de poder disipar las tinieblas que nos cercan en las materias de que tratamos; tinieblas cuya densidad sólo desaparece y se modifica apegando á la antorcha luminosa de la fe cristiana.

*omnibus*. Esto es cuanto se sabe, cuanto serio y transcendental puede decirse acerca del idioma primitivo.

—Venid, descendamos y confundamos allí su lengua, de manera que ninguno entienda el lenguaje de su compañero: *descendamus et confundamus ibi linguam eorum ut non audiat unusquisque vocem proximi sui*.—Tal es el hecho. Los hombres intentaron edificar una ciudad y en ella una torre cuya cumbre llegase hasta el cielo, y Dios castigó de una manera terrible este nuevo delirio de su orgullo y su vanidad. A partir de este momento comienza la historia del lenguaje humano.

Ahora bien: ¿olvidaron todos los hombres su primera lengua?; ¿se conservó ésta en la familia de Hebré, como suponen San Agustín, Orígenes y San Jerónimo?; ¿el idioma de la familia de Hebré, era el hebreo ó la lengua siriaca? Ninguna de estas preguntas puede ser contestada de un modo cierto y evidente. Siguiendo siempre como guía segura é infalible en todas estas materias el Sagrado texto, por lo que nos decidimos y sostenemos es, que el género humano descende de *una sola familia* y que ésta habló *un solo idioma*.

El orgullo, la soberbia del hombre atrae por segunda vez sobre sí las iras del Hacedor; se dicta la sentencia, se formula el castigo, y la *unidad*, símbolo de fuerza, desaparece, los hijos de Adán se separan sin conseguir su loco intento, más aún, *sin entenderse*; situación que en el orden moral y material se perpetúa, subsiste y subsistirá, ínterin que el idioma en que se eleven al cielo todas las plegarias, los ruegos todos, no sea *uno*, como lo fué ántes de la dispersion de los hombres en las llanuras de Sennar.

En Babel, según la Biblia, se confundieron las lenguas: *confusum est labium universæ terre*. Registremos este hecho, después de haber sentado como verdad de fe y verdad de evidencia que el origen de la palabra no es otro que la *revelación*, y tendremos la clave de cuantas investigaciones fructíferas se han hecho y podrán hacerse en lo sucesivo acerca

de cual fuese el idioma primitivo <sup>1</sup>, cuestion que dada la índole de estos estudios no debia preocuparnos por mucho mas tiempo.

---

1 Welb reclama la supremacia para los chinos, Pirron para los celtas, Aróstegui, Erro y otros para los vascongados. Las lenguas orientales son, en nuestro sentir, las que en realidad presentan mayores títulos para obtener ese honor, que ha llegado á convertirse en vanidad nacional. Entre ellas se disputan la primacia el caldeo, el siriaco y el hebreo: la mayoría de los expositores y autores se deciden en favor de este último, al que tambien nosotros concedemos la preferencia.

---

de cual fuere el idioma primitivo, cuestión que dada la  
indole de estos estudios no debía preocuparnos por mucho mas

tiempo: en consecuencia de lo anterior se debe considerar que

1. Weib reclama la supremacía para los celtas, Piton para los celtas, (trésales, litro y otros  
para los rromanos. Las lenguas orientales son, en nuestro sentir, las que en realidad preceden  
mayores títulos para obtener ese honor, que ha llegado á convertirse en ventaja nacional. Entre  
ellas se cuentan la primitiva de celtas, el hitico y el hitico: la mayoría de los escritores y  
antes se decida en favor de este último, si que también nosotros consideramos la preferencia.

2. En consecuencia de lo anterior se debe considerar que

3. En consecuencia de lo anterior se debe considerar que

4. En consecuencia de lo anterior se debe considerar que

5. En consecuencia de lo anterior se debe considerar que

6. En consecuencia de lo anterior se debe considerar que

7. En consecuencia de lo anterior se debe considerar que

8. En consecuencia de lo anterior se debe considerar que

9. En consecuencia de lo anterior se debe considerar que

10. En consecuencia de lo anterior se debe considerar que

11. En consecuencia de lo anterior se debe considerar que

12. En consecuencia de lo anterior se debe considerar que

13. En consecuencia de lo anterior se debe considerar que

14. En consecuencia de lo anterior se debe considerar que

15. En consecuencia de lo anterior se debe considerar que

16. En consecuencia de lo anterior se debe considerar que

17. En consecuencia de lo anterior se debe considerar que

18. En consecuencia de lo anterior se debe considerar que

19. En consecuencia de lo anterior se debe considerar que

20. En consecuencia de lo anterior se debe considerar que

## CAPÍTULO II

La elocuencia : diversas acepciones de esta palabra : la naturaleza y el arte : su combinacion.—El Oriente.—Nacimiento del arte oratorio.—Grecia, cuna del arte oratorio.—Atenas, emporio de la palabra.—Causas generales del gran desarrollo de la elocuencia en la antigüedad.

El origen divino de la palabra como expresion natural del pensamiento humano no excluye la idea del trabajo, de la lucha y la conquista : que no es otro, segun dejamos dicho, el destino del hombre sobre la tierra, *militia est vita hominis super terram*.

La palabra como vínculo de sociabilidad, como distintivo del sér racional llena su objeto aisladamente y sin auxilio del arte.

La elocuencia como don, como manifestacion espontánea, libre de los afectos y las grandes pasiones, lo llena igualmente sin auxiliar algüno.

La esencia, el fundamento del arte no debemos buscarlo, sin embargo, fuera de nosotros, sino dentro de nosotros mismos ; vieniendo á ser el resultado de la actividad, de la energía del espíritu aplicada á un fin, á un objeto determinado.

De la confusion de los términos nace comunmente la confusion de las ideas.

De aquí proviene y esto explica que para unos la *elocuencia* es sólo una facultad, para otros la aplicacion de las reglas del bien decir ó arte de bien hablar : que para los primeros la elocuencia jamás se adquiera ; que para los segundos no exista, si no se aprende.

Estrecho, limitado horizonte se ofrece ante nuestra vista si aceptando el criterio de los que combaten las reglas, lo tiamos todo á la naturaleza ; invencibles obstáculos si, aguardando á poseer los preceptos que la experiencia ha sancionado como buenos, desistimos de ensayar nuestros propios recursos para expresar acertadamente lo que sentimos.

La doble acepcion que la palabra *elocuencia* tiene en el lenguaje vulgar, y aún en el de la ciencia, no debió ser nunca motivo para esa confusion que lamentamos, por cuanto arredra sin motivo á muchos, y lanza á otros indebidamente en una senda llena de escollos y precipicios

La palabra elocuencia en un sentido general es todo arranque, toda manifestacion exterior de las pasiones, de los sentimientos, de los afectos del alma ; en un sentido más limitado, más concreto, significa el *arte de bien decir* ; « sabiduría que habla discreta y copiosamente », segun nuestro V. Granada.

Bajo el primero de estos aspectos se dice con razon que la elocuencia es una facultad, un privilegio que existe muchas veces hasta con independencia de la palabra, en el silencio y la inmovilidad, en la mirada, en los movimientos, en la accion <sup>1</sup>; elocuencia eterna, inmutable, propia de los pueblos todos ; patriomonio del salvaje y del hombre civilizado ; insuficiente, de corta duracion en sus efectos, figurada, ardiente, impetuosa, llena de defectos y cuya historia no se ha escrito, ni escribirá jamás.

Bajo el segundo, la elocuencia parte de un período más ó me-

1 M. Garat hace notar que existen obras en las que se encuentra la elocuencia sin el arte oratorio y viceversa, con cuya opinion se conforma La-Harpe, si bien añade que las obras maestras, para serlo, necesitan la reunion de ambos elementos.

nos lejano, más ó ménos conocido ; se manifiesta bajo formas distintas ; es patrimonio de unos pocos ; se aplica á los negocios ; se emplea como arma de poder y de conquista : vive en las repúblicas y los imperios ; se muestra grande y sublime á nuestros ojos ; digna de ser estudiada en las causas que la producen y en los efectos que de ella se dejan sentir en lo que hay de más noble y digno en la esfera de la moral, del derecho, de los medios de conseguir el bienestar de las clases todas de la sociedad.

La elocuencia en este último sentido no se limita á *conmover*, sino que tiende principalmente á *convencer*, é imponiendo silencio á las malas pasiones, á las exageradas exigencias de los unos y limitaciones injustas de los otros, se deja percibir independiente, libre, franca, leal entre el torbellino y revuelto mar de encontrados afectos, de intereses opuestos y aspiraciones distintas en defensa de la verdad.

Para formarnos una idea acabada, perfecta, de lo que podemos llamar elocuencia primitiva, no es necesario recurrir á libro alguno : basta observar lo que acontece en la infancia de las naciones y hoy en los pueblos salvajes ; lo que vemos, así en las ciudades como en las aldeas ; lo que nos enseña todos los dias el trato de los hombres, ya sean rústicos ó instruidos.

Una madre á quien arrancan para sacrificarlo el hijo de sus entrañas, el sér querido que lleva pendiente de su seno, y ve vacilar por algunos instantes al verdugo, *habla*, y habla de un modo, que aquel hombre endurecido siente correr por sus mejillas una lágrima, que su brazo se debilita, que su resolucion se acaba, viéndose obligado, á pesar suyo, á devolver la inocente víctima á aquella mujer que sin estudio alguno ha sabido herir las fibras más delicadas de su corazon. El anciano que siente próximos los pasos vacilantes de la muerte, que distingue en medio del delirio y la fiebre su fria y descarnada imágen, llama á sus descendientes, les obliga á rodear su lecho para que puedan

percibir sus palabras, sus postreros consejos, y esas *palabras* son siempre sublimes, arrancan ayes de dolor, grabándose para siempre por su energía en la memoria de las personas á quienes van dirigidas. La fervorosa plegaria del navegante, que apurados todos los recursos de la experiencia, comprende que se acerca el instante supremo de la catástrofe: los forzados consejos que un padre da á su hijo; un hermano á su hermano; un amigo á su amigo, para decidirle á tomar una penosa resolución.... Estos y otros muchos ejemplos que pudiéramos aducir, nos demuestran que el primer libro que debemos consultar para el estudio de la elocuencia, es nuestro propio espíritu: *modus inveniendi quæ intelligenda sunt, et modus proferendi quæ intellecta sunt* <sup>1</sup>.

El tipo primitivo está encarnado en nosotros, va con nosotros y se manifiesta allí donde el hombre *siente y expresa*, sin sujeción á reglas, sus sentimientos <sup>2</sup>.

La elocuencia adquiere nueva vida, más importancia, más valor por medio del arte.

La palabra *arte* que precede á la voz *elocuencia*, no es más que un término que expresa la elocuencia de una manera determinada; esto es, « dirigida en su desarrollo por los preceptos de la sana razón. »

Por esto ha dicho San Agustín: *Eloquentia vero facultas dicendi est congruenter explicans quæ sentimus*. Definición la más completa, la más acertada de la elocuencia, toda vez que por sí sola nos da á conocer el doble significado que esta palabra tiene, según dejamos dicho, en el lenguaje vulgar y en el de las escuelas.

<sup>1</sup> San Agustín.

<sup>2</sup> Granada, Capmany, Casas, Lopez, Martinez y Sanz, y Ortiz de Urruela entre nosotros, Berryer, Henry, Salignac de la Motte y otros autores extranjeros que por no ser prolijos omitimos, opinan en el particular que nos ocupa de igual manera, siguiendo á los grandes maestros de la clásica antigüedad.

El hombre, que vive en un mundo inferior al mundo á que por instinto aspira, no perdió por completo, al ser castigado, su facultad creadora. Consintió Dios, por un exceso de su bondad infinita, que la criatura á pesar de la caída adivinara algo de lo muchísimo que habia perdido, por la imposibilidad misma de volverlo á conseguir sin el auxilio de la revelacion, y el *arte* que nace en el hombre, que es la intuicion secreta, misteriosa de todo lo grande, de todo lo sublime, de todo lo *bello*, al buscar la fórmula concreta, capaz de ser comprendida y sentida por los demás, no tiene otro remedio que apelar á la naturaleza, robarla sus colores, sus sonidos, sus admirables armonías y sus encantos.

El arte, que tiene su origen en el alma, vive, no obstante, á expensas de la naturaleza <sup>1</sup>. Entre la naturaleza y el arte existen relaciones íntimas, necesarias; traba enojosa que sujeta al hombre á la tierra, separándole del mundo de la idea, y le sirve al mismo tiempo para la expresion de esa misma idea; prueba ostensible de la predileccion del Criador hácia su más perfecta hechura; milagrosa mezcla de un gran castigo y de un inmenso amor, que sólo se concibe siendo la obra de un Dios.

Es necesario, pues, el estudio de las reglas para ser orador; no lo es tanto para ser elocuente.

La *naturaleza* y el *arte*, *habilmente* *hermanados*, han producido esas colosales figuras que con su palabra han asombrado al mundo. El amor á lo bello es una aspiracion del hombre hácia una felicidad que siente perdida; no puede negarla sin contradecirse á sí mismo, puesto que no sólo la *desea*, sino que la *espera*; de esta suerte la contemplacion de lo bello nos lleva á la posesion de la verdad y á la práctica de la virtud.

*Palabra, elocuencia, arte* : hé aquí tres términos que, despues

<sup>1</sup> *Omnia que consumavit, a natura mitia ducise* Quintiliano *Oratoria Institutiones*, Libro 1 capítulo 18.

de lo que dejamos dicho, se conciben y explican con entera independencia. La *palabra* es la expresion de la idea ; la *elocuencia* es el lenguaje de la pasion y del sentimiento ; la *palabra* y la *elocuencia* llenan, así consideradas, sus destinos aisladamente ; pero llega un punto en que se enlazan por medio del *arte*, del estudio de las reglas, tan injustamente combatido, y nace la *oratoria* semejante á la diosa coronada de los antiguos dias, tocando con su frente en el Olimpo, hollando con sus plantas el trono magnífico de los Elíseos campos.

Modesta, sencilla y reflexiva, la oratoria aspira en definitiva al dominio de la razon. El buen gusto y la armonía ; el detenido estudio de la belleza ; la perfeccion del lenguaje ; el conocimiento de lo que hay de múltiple y vario, de fijo y constante en la humana naturaleza, son los medios de que se vale para fijar al cabo de muchos siglos la atencion de los hombres pensadores, que unánimes la aclaman como un poderosísimo medio de hacer triunfar la justicia, la libertad y la religion.

Apresurémonos á desechar, pues, todo género de preocupacion acerca de si la naturaleza es superior al arte, ó éste á la naturaleza para hacer buenos oradores. Lo indudable es que el *arte* perfecciona las dotes que tiene el hombre para ser *naturalmente* elocuente. « No es el arte el que persuade, dice Plutarco, pero ayuda á persuadir. » « Si al arte agregais la naturaleza, escribia Ciceron, hareis prodigios. » Y Quintiliano, el más juicioso de los retóricos, dice tratando de este particular : « La naturaleza puede mucho sin el arte, al paso que éste sin aquella de nada serviria. Pero si ambas cosas se juntan, aunque sea en un grado regular, siempre diré que la naturaleza es la que más contribuye. » Por último, los Santos Padres que tanto han combatido el *exceso del arte* tratándose de la elocuencia sagrada, convienen en la necesidad y en la conveniencia de la aplicacion de las reglas, como tendremos ocasion de demostrar más extensamente cuando ampliemos estas nociones generales en la parte práctica y doctrinal de nuestros estudios.

En vano se han empeñado algunos en fijar la cuna de la elocuencia en los pueblos del Oriente.

Ni la India, ni el Egipto, ni la Siria y la Media, ni la Persia y la China, ni ninguno de esos formidables imperios que se alzan en los primeros días de la humanidad, como colosos cuya sombra oscurece aún vastas regiones esclavas de sus tiránicas y opresoras leyes, fueron teatro á propósito para brillar la elocuencia, que necesita dilatada esfera de acción, actividad, movimiento, vida; lucha donde engrandecerse y sublimarse hasta conseguir la corona del triunfo.

La palabra en los pueblos orientales no fué, ni pudo ser otra cosa, que la fórmula concisa y misteriosa de la fuerza y del poder. Del poder rodeado siempre de un aparato imponente y aterrador; propio para subyugar á los hombres, para obligarles de continuo á inclinarse hácia la tierra y besar sin murmurar la mano que les hiere.

« El Oriente, dice el Sr. Gonzalo Moron, <sup>1</sup> es una página *en blanco* en el dorado libro de la elocuencia. » Y añade para confirmar tan juicioso aserto: « donde domina el degradante á ignominioso imperio del sable y de la cimitarra; donde una casta privilegiada y sacerdotal de Mandarines, de Brachmas, de Magos, de Bonzos ó de Druidas, oculta y se reserva el cultivo del árbol de la ciencia, que necesita para arraigarse y florecer la inmensidad de todos los espacios, las aguas de todos los Océanos, los rocíos de todos los cielos, los aires de todas las atmósferas y los rayos de los inmensos é infinitos soles que lucen en la grandiosidad de los mundos planetario, estelar y nebuloso. Allí donde el hombre, olvidando su *mezclado origen* y su *doble carácter*; olvidando que la ley del trabajo y de la lucha es la condición necesaria de toda moralidad, de todo progreso, y por qué no decirlo, de toda santidad, se pierde en las vagas y nebulosas regiones de la vida contemplativa, ó se deleita en abismarse en los desolados

1 La Espada y la palabra, de cuya obra sólo conocemos dos pequeños cuadernos.

confines del panteísmo y del nihilismo ; allí donde el hombre, ó maldice la *materia*, como si no fuese bella y augusta creación de Dios, ó degrada y envilece el *espíritu* con la idolatría de la fuerza, de la astucia, del fraude y de la sórdida y asquerosa codicia, allí no ha existido ni podrá existir jamás la elocuencia con sus atributos sublimes » <sup>1</sup>.

Y es cierto : donde el concepto de Dios es un mito ; donde la idea de la patria, de la justicia y de la libertad no se conciben ni explican ; donde esos sagrados nombres no tienen eco en el corazón, correspondencia en el alma é influencia en la vida, allí no busqueis la elocuencia ; no busqueis la palabra útil y provechosa que impulsa, que mueve, que atrae, que seduce, que arrastra y convence.

En el principio de las sociedades vemos confundirse los poderes. El poder doméstico, el poder civil y el poder religioso se reconcentran en una mano, que lo es todo ; padre, rey y pontífice. Su voluntad y su capricho es ley ; sus órdenes se obedecen sin discutir, se ejecutan sin exámen, y se cumplen sin protesta.

Estos días son de *oscuridad* y de *fuerza* ; no de *razón*, de *luz* y de *conciencia*. Imperan en esos períodos históricos fórmulas místicas, que sólo se modifican cuando se altera la ruda sencillez de las costumbres primitivas ; sencillez poco envidiable ciertamente cuando no es el resultado de la moralidad y la virtud de los pueblos, sino de su envilecimiento y degradación.

En el Oriente la naturaleza es grande, inmensa, sólo el hombre aparece pequeño, raquítico ; dominado por el *panteísmo* que le anonada ante el sér absoluto, que destruye su personalidad, que le aprisiona en un espacio finito, no dejando á la inteligencia otro campo ni otro consuelo que la contemplación.

Descuella allí la *poesía* como fórmula espontánea de los gran-

<sup>1</sup> Ved confirmadas por un hombre de tan vasta erudición y tanto talento la mayor parte de las teorías que hemos sustentado hasta aquí. Juzgamos que la cita del Sr. Gonzalo Moron será decisiva para muchos.

des dolores y las grandes esperanzas; cantan los hombres y acompañan sus cánticos de dolor con suaves melodías, robadas al parecer por un favor de los dioses á instrumentos de oro y marfil. « Se citan, dice Capmany, rasgos y no discursos; hay palabras y no hay estilo; hay imágenes y no hay colorido; hay sencillez y no hay decoro; hay grandeza y falta hermosura » <sup>1</sup>.

El mundo exterior ejerce siempre un poderoso influjo sobre la imaginación, y de aquí que ante el brillante espectáculo de una naturaleza privilegiada, ante elevadas cumbres cubiertas de perpétua nieve, ante frondosos valles surcados por caudalosos rios y rápidas corrientes, bajo árboles corpulentos cuyos troncos semejan las columnas de nuestros templos en recuerdo de la significación sagrada que se les daba, el hombre, sin el auxilio de la revelación, falto de toda luz divina, dominado, subyugado, dividido en castas, no hiciese, ni supiese, ni pudiese hacer otra cosa que cantar sus pesares, ó preludiar cuando más días de mayor ventura y felicidad.

El carácter peculiar de las lenguas orientales, pertenecientes á la familia semítica, se acomodaba poco por otra parte á la forma oratoria. Por esto vemos que las relaciones históricas, las fábulas, los ejemplos tomados de la naturaleza, son principalmente los títulos de la gloria literaria que nos legaron aquellos pueblos.

Una excepcion existe, una sola excepcion tenemos que hacer al tratar del Oriente bajo el punto de vista de la elocuencia. « Hay un punto casi imperceptible, dice tambien el Sr. Gonzalo Moron, en el extenso mapa del mundo oriental, donde la elocuencia, inspirada á la vez por Dios y la naturaleza, conmovida profundamente por el espectáculo de grandes iniquidades, seguidas de terribles expiaciones y grandes catástrofes, irradió de vez en cuando vivas y esplendentes fulguraciones. »

Los Profetas hebreos fueron, en efecto, grandes, poderosos y sublimes oradores. En los libros santos, como probaremos más

1 Es decir, no hay elocuencia.



adelante, existe una poesía superior á todo elogio, digna de un trabajo detenido y concienzudo, que haríamos gustosos si fuese esta época más sosegada y bonancible; si la defensa de los grandes principios católicos ante la incredulidad y el escepticismo moderno, no pareciese estar perpetuamente condenada en España á no inspirarse en otro interes que el interes político: ¡tan grande es el desden con que se miran entre nosotros trabajos de índole, de un género exclusivamente científico ó literario en el particular! <sup>1</sup>

En esa obra singularísima, pues, que comienza por el *Genesis* y termina por el *Apocalipsis*; que se inicia por el estilo más sencillo y más claro, y concluye por el más figurado, se encuentran rasgos y trozos de verdadera elocuencia elocuencia aislada y perdida no obstante para los pueblos de la antigüedad.

El punto, pues, de partida en nuestros estudios no admite duda, no admite contradicción.

Un concepto más acabado, una idea más luminosa, una noción más exacta, pero todavía incompleta, de la dignidad humana, de la libertad y de los derechos del hombre, dan motivo á la palabra oratoria.

Hubo vates inspirados ántes que se rompiese uno de esos infinitos lazos que encadenaban al ciudadano á la voluntad y al capricho del más fuerte. No hubo palabra artística, no hubo verdadera elocuencia, hasta que aparecieron esas instituciones que no sin fundamento, y hasta cierto punto, constituyen todavía la

---

1 Es verdaderamente desconsolador lo que pasa en España; no se leen, no se fomentan ni protegen las obras destinadas á la propagación y defensa del catolicismo, y en cambio jamás faltan medios ni recursos á los explotadores del fanatismo religioso en el terreno político. Llamamos la atención de los hombres pensadores sobre un dato que ha producido siempre en nuestro ánimo grandes amarguras, juzgando el mayor de los males para nuestra querida patria el ver fiada la suerte y el porvenir de la religión á los azares y vaivenes de la política más que á la buena educación y á la enseñanza del pueblo.

más risueña esperanza de los que desean para la humanidad días de mayor grandeza, y para el pueblo la realización de sus legítimas, nobles y levantadas aspiraciones.

Hoy, en medio de las intransigencias que se imponen, de los errores que se difunden, del interés con que se niegan ó desnaturalizan ciertos derechos inherentes á la personalidad humana, *hay palabra artística* allí donde hay alguna sombra de libertad; hay poetas quizá más tiernos, más expresivos, allí donde más fuertes y más espesos son los hierros de la cárcel en que moral ó materialmente el genio, el talento y la imaginación se ven aprisionados.

La poesía es la expresión armónica de las grandes alegrías y los grandes pesares. La elocuencia es el acento vigoroso, enérgico, potente de las almas privilegiadas para quienes importa antes que su propia satisfacción, la prosperidad general y el bien común.

Para ser poeta basta sentir; para ser orador es forzoso hallarse dispuesto al combate, á la contrariedad y al sacrificio.

El poeta arranca lágrimas; nos hace experimentar más íntimas, más dulces emociones si quereis: el orador há menester herirnos de un modo más vivo, más enérgico y duradero.

No es, pues, la oratoria hija de la poesía, como sostienen autores respetabilísimos,<sup>1</sup> sino hija del amor á la patria, del amor á la inocencia y la justicia, del amor á la humanidad. Aún no había oradores, se dice, y Homero había escrito su Iliada, fuente de arte, no lo negamos, en los primeros siglos, de investigación y de ciencia en el de Alejandro; pero no por esto origen verdadero de la elocuencia, que le tiene propio, exclusivo, independiente, á nuestro modo de ver, en cuanto puede establecerse y concebirse esa independencia, teniendo en cuenta que el sentimiento da vida á la expresión poética, y el sentimiento es necesario en la expresión oratoria.

1 Entre ellos el señor Lopez.

El amor á la patria engendra la oratoria política ; el amor á la inocencia y á la justicia inspira la oratoria forense ; el amor á la humanidad crea la oratoria sagrada, la oratoria por excelencia, la oratoria cristiana.

Há menester en definitiva el orador de esos tres grandes elementos para serlo por completo y en absoluto. El que los reúne todos es el que mejor interpreta y realiza en la historia el *ideal de la elocuencia*, los destinos sublimes de la palabra concedida por Dios á la criatura.

Mientras la patria no existe en el sentimiento de los más ; mientras el amor á Dios y el cariño á la libertad no constituyen un elemento de subordinación, de fraternidad y de armonía entre los hombres, no busqueis verdadera elocuencia ; no busqueis palabra útil, ni maestros de bien decir, ni oradores que merezcan el nombre de tales.

Por más que los fundadores de las ciudades, de las leyes y de los gobiernos civiles, en sentir de Ciceron, debiesen recurrir á las armas de la elocuencia para salir airosos en sus empresas : por más que segun el Ab. Andrés, en los gobiernos antiguos hayan sido frecuentes las ocasiones de hablar al pueblo, de emitir dictámen verbal en los consejos públicos y desempeñar embajadas ; por más que en los libros sagrados y en los profanos se citen ilustres personajes, guerreros y monarcas recomendables como elocuentes, todo esto no nos autoriza para referir á tan remotos tiempos el origen, ni el nacimiento del arte oratorio<sup>1</sup>.

Para poseer el arte de la elocuencia no basta, dice un crítico ilustre, cualquier principio de la facultad de hablar, se requiere una atenta reflexion sobre los efectos de nuestros razonamientos y los de los demas, una séria y repetida observacion, *initium dicendi, dedit natura, initium artis observatio*<sup>2</sup>. Arte que en vano

<sup>1</sup> Balteaux dice, que si bien hubo oradores desde que los hombres hicieron uso de la palabra, no hubo *elocuencia* hasta que se aplicó el estudio de las reglas á un discurso.

<sup>2</sup> Quintiliano *Inst. Orat.* lib. III, cap. 2.º

se buscará en los orígenes de las naciones, en la formación de los pueblos, ni en los siglos bárbaros é incultos á que ántes nos hemos referido.

Hay una fecha cierta para nuestros estudios históricos acerca de la palabra, y esa fecha es la del *nacimiento del arte oratorio*; es decir, el momento en que podemos tomar la elocuencia como aplicacion esmerada, como aplicacion reflexiva, como aplicacion artística, nacida del deseo de inclinar el ánimo de las muchedumbres por medio de un discurso, que mediante la aplicacion acertada de las reglas poco á poco llega á ser, llega á convertirse en una verdadera *composicion literaria*.

La elocuencia, hija de la experiencia, del sentimiento, de la conviccion y del patriotismo, primera fórmula que reviste la oratoria en la antigüedad será pues el punto de partida de nuestras tareas.

Los primeros personajes á quienes Homero hace hablar, á quienes Herodoto y Tucídides nos presentan como oradores, no encarnan todavía el tipo en que nosotros podemos fijar nuestra atencion como compiladores de la historia crítica de la palabra en el concepto artístico y literario.

Estrabon dice, que al principio salió el aparato poético; que más tarde Cadmo, Ferecides y Ecateo se dedicaron á escribir, dejando el metro y conservando las otras partes poéticas. Plinio atribuye á Ferecides la gloria de ser el primer prosista entre los griegos, y á Cadmo la de haber sido el primer historiador en el mismo estilo <sup>1</sup>.

En Grecia brillan por vez primera de un modo ostensible, no sólo los maestros del bien decir, sino esos seres superiores que, sabiendo hermanar las disposiciones de su entendimiento con la imitacion y el estudio, han logrado hacer de la palabra un poder invencible, un arma poderosa, una necesidad, un elemento de la

1 *Prosam orationem condere Pherecydes Syrius instituit, Cyri Regis ætate; historiam Cadmus milcsius.*

vida, de la constitucion interna de las naciones ; hasta el punto que hoy es imposible hacer enmudecer por completo al ciudadano sin atentar contra la esencia misma de su autonomía y su personalidad.

A Grecia debemos cuanto poseemos de más bello respecto de las letras y las nobles artes ; de ella lo tomaron los latinos, y de éstos ha llegado hasta nosotros.

La libertad, dice Blair, es la verdadera nodriza de genio, cuyos primeros vestigios es forzoso buscarlos en Grecia y Roma.

Del imperio de la palabra han nacido todos los adelantos ; de la libertad de la palabra las más preciadas conquistas de la civilizacion humana.—¡Pensamiento libre y palabra libre!... Ved aquí todo un mundo de grandes y fecundas creaciones. Destruid sistemática y arbitrariamente la libertad del pensamiento y cubrireis con denso velo la inteligencia del hombre; destruid por entero la libertad de la palabra y dejareis á merced del más fuerte los destinos y el porvenir de las naciones.

El pueblo griego colocado en medio de una naturaleza privilegiada, bajo un cielo puro y transparente, vivia en la patria natural del arte, cuya expresion es la belleza. Formado de distintas tribus ; compuesta su civilizacion de elementos diversos, fundidos más tarde, asimilados cual nunca los ha sabido reunir y asimilar pueblo alguno, crece, se agiganta, se robustece la *cultura griega*, no de otro modo que se arraigan y forman en poco tiempo corpulentos árboles en tierra virgen.

Aquella cultura no se parece á la civilizacion y á la cultura del Oriente ; ni aún á la que la sigue inmediatamente, la cultura y la civilizacion romana.

Grecia es, en cierto sentido, un pueblo único, excepcional, cuya fisonomía ha llegado hasta nosotros en soberbias creaciones, en obras inmortales.

Hasta Grecia la naturaleza lo es todo; en Grecia el hombre es superior, infinitamente superior á la naturaleza.

De Grecia parten y en Grecia se forman los elementos de la civilizacion europea. Grecia es el lazo misterioso que une el pasado con el presente. Sin ese eslabon de oro purísimo todo se habria roto, perdido en la nebulosa atmósfera de un mundo inconcebible é inexplicable para nosotros.

Lo vago, lo incierto, lo terrible, desaparece y la historia comienza á dejar de ser un tejido de horrores y crueldades, cuando el pueblo griego se une, se identifica, merced á los cantos homéricos, y más principalmente al gran predominio que la *palabra* adquiere en todos sentidos, y con ella la personalidad y la libertad humana.

En aquella tierra dividida por mares, entrecortada por montañas y selvas, compuesta de cien islas, renovada por frecuentes emigraciones, la *energía popular* se alza pujante hasta conseguir un desarrollo que no es comparable ni aún al de las grandes nacionalidades modernas.

En Grecia aparece el sentimiento de la libertad política, derribando los ídolos que forjara el miedo, y creando los héroes cuya representacion más perfecta hemos tenido ocasion de admirar no hace aun muchos años en los museos de Italia.

Castelar decia en el Ateneo de Madrid, desde el sitio mismo que nosotros hemos ocupado indignamente en diversas ocasiones, que Grecia era el templo del hombre; templo abierto á todos los vientos, aéreo, ligero, con entradas para todas las ideas y las creaciones todas. «Su religion, añadia, su política, sus leyes, sus costumbres respiran unánime animacion, movimiento y vida. La concepcion, la fuerza, la espontaneidad y la energía son los caracteres de aquella civilizacion; caracteres precisos, indispensables á la elocuencia política.»

El elemento humano se une á la naturaleza, pero no se une de un modo grosero sino ideal; y al reposo supremo del Asia, al absolutismo de la India, al quietismo de todas las grandes facul-

tades creadoras sucede por su propio impulso la acción en su más alto grado de esas mismas facultades; libres, sin trabas de cierto género como se necesita para que ofrezca en todos tiempos la civilización humana gigantescos resultados.

La palabra *libertad* podrá ser para algunos espíritus pusilánimes una amenaza y un peligro; pero es evidente que sin la libertad el mundo no habría dado un paso; el hombre no habría recobrado su majestad ni podido elevar su mirada al cielo para entrever más allá de ese eter que nos cerca algo que le anime, que le fortalezca para hacer y realizar el progreso á costa de tantas lágrimas, de tantos sacrificios, de tantas persecuciones y tantos martirios.

Nosotros, hijos sumisos, y cada día más entusiastas del catolicismo, no hemos anatematizado nunca la libertad, ni mostrado jamás hacia ella en nuestros escritos repugnancia alguna.

Solo que para nosotros la libertad bien entendida es el *derecho* de la razón, sí; pero de la razón en cuanto sea cómoda á la justicia y á la verdad. Contrarestar en este sentido, destruir la libertad, es combatir el elemento providencial de lograr el imperio en el mundo de los grandes, de los augustos intereses que han nacido y han de vivir eternamente á la sombra del árbol, del madero sacro santo de la Cruz.

Oponiendo con resolución y franqueza la verdad al error es como únicamente llegará á vencerse de un modo provechoso y duradero el mal sobre la tierra.

Pretendiendo imponer la verdad al sofisma, no por su propia virtud, sino merced al auxilio de una fuerza material, extraña, meramente convencional y de momento, lograreis que el error se acalle, que decrezca al parecer; pero vivirá latente en el seno de la sociedad para herirla de improviso, para herirla á mansalva cuando os parezca más tranquila y confiada <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> En España ha sucedido esto.

Cuando mayor ha sido y es la cultura de las naciones, más obligadas se han creído á estudiar como fuente de luz la literatura griega en todas sus manifestaciones. Roma fué bárbara y cruel hasta que el sol de la Grecia iluminó su camino; las naciones modernas no vieron alborear el *renacimiento* hasta que acudieron á la antigüedad clásica; y hoy mismo los pueblos sabios lo son tanto más, por el respeto con que cultivan las enseñanzas de Grecia y Roma, salvadas del naufragio universal en los tiempos medios por la iniciativa de los Pontífices y la proteccion general de la Iglesia católica.

Arida en extremo, casi estéril y enojosa sería nuestra tarea, si no hubiésemos de citar más que nombres propios, fechas y trozos de discursos.

La manera de dar interes, de imprimir algun sello de originalidad á estos estudios, será profundizar, hasta donde nos sea dable, las causas de perfeccion y decadencia, deduciendo en el terreno crítico, filosófico y doctrinal las consecuencias, las aplicaciones á la edad presente; haciendo de modo que una hilacion lógica mantenga viva la curiosidad del lector de una á otra página, de uno á otro capítulo, de uno á otro libro.

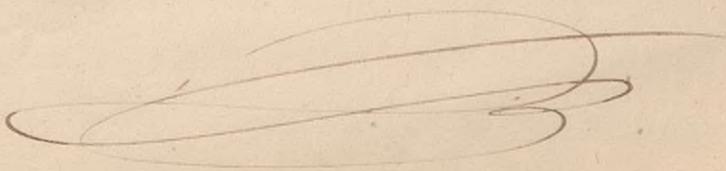
No se cultivó, sin embargo, de igual manera la palabra en toda la Grecia <sup>1</sup>, lo cual demuestra lo que dejamos dicho, y es, que allí donde la palabra no recibe aliento y vida de los dos principales elementos que la subliman y engrandecen, la *libertad* y la *dignidad humana*, allí la palabra no significa nada, ni influye, ni determina nunca un alto nivel de verdadera cultura y civilizacion.

Fijémonos por algunos instantes en este punto.

Esparta, vasto campamento militar, donde prepondera una raza privilegiada y orgullosa; donde gimen esclavas otras dos;

---

1 *Hoc autem studium non erat commune Græciæ.*



la primera, en cuanto á la prestacion de los tributos y de los contingentes militares; la segunda, en la acepcion más completa de esta palabra; si produjo ingenios notables, no fué nunca escenario á propósito para lucir sus galas la elocuencia.

Licurgo dió leyes á este pueblo, más bien para mejorar su constitucion física, que su manera de ser política y civil. Comenzó olvidando que la verdadera libertad es hija de la virtud, y no se arraiga jamás allí donde con uno ú otro pretexto se violan los derechos inherentes á la personalidad humana. Hoy que podemos examinar el famosísimo código espartano á la luz de una mayor suma de civilizacion y de progreso científico, filosófico y social, rechazar debemos aquellos severos y rígidos preceptos extensivos á la comida y al vestido de los ciudadanos; aquellas restricciones tiránicas que hacian del hombre una máquina, de la ciudad un cuartel, y de la familia el mayor escarnio y la más grosera burla.

No necesitamos traer á la memoria de lectores ilustrados lo que fué Esparta para justificar nuestro aserto. Licurgo no fué para aquel pueblo un legislador hábil y prudente. Penetró indiscreto, penetró demasiado, penetró mucho donde el legislador no debe llegar, y semejante á los tiranuelos de todos los tiempos, creyó que la ley para ser buena habia de comenzar sobreponiéndose al ciudadano como sér racional, inteligente y social, al individuo como sér nacido para obtener más nobles y levantados destinos.

Nada se escapó á la accion de aquel celebrado legislador; todo lo reglamentó, todo lo sometió á reglas inflexibles é inexcusables; desde el santuario inviolable de la conciencia, hasta la forma exterior de las cosas; desde el modo de andar, de vestirse, hasta la medida de los afectos y las pasiones.

Por esto las famosas leyes de Licurgo produjeron, no un pueblo libre, capaz y dispuesto para las lides de la palabra, sino un pueblo altivo, feroz, que se mantuvo bárbaro en medio de la civilizacion que le rodeaba, y cansado de su inercia, concluyó por hacer la guerra más cruel y más injusta á sus más allegados, á sus amigos y más próximos vecinos.

Si de Esparta pasamos á los Estados menores de la Grecia, ni la Arcadia, pueblo antiquísimo; ni Corinto, sentada á la orilla de dos mares, llave de todo el comercio entre el Peloponeso y Atenas y cuna de Periandro; ni la Beocia, uno de los siete Estados de la Elade ó Grecia central; ni ningun otro, han de ofrecernos campo ni materia para nuestros estudios; como no nos la ofrecen tampoco ninguna de las numerosas colonias que desde el Asia Menor hasta las más remotas ensenadas del Mar Negro, desde el Nilo hasta el Báltico, fundaron los griegos.

En el seno de Atenas se levanta por vez primera una tribuna. A su derredor se agrupa un pueblo vivo, ingenioso, aleccionado en los negocios, susceptible, impresionable, culto, inteligente y libre; de carácter ardiente é impetuoso, capaz de grandes hechos y atrevidas empresas.

Un hombre sube las gradas de ese trono magnífico en medio del más profundo silencio. Su semblante pálido, su mirada inquieta, su andar lento y majestuoso hacen latir de esperanza millares de corazones. Aún no han pronunciado sus labios una frase: no se ha percibido aún el sonido armonioso de sus primeras notas, y la muchedumbre ávida de emociones, que espía los menores movimientos del oráculo, pretende deducir de ellos sus opiniones, y aplaude frenética ó ruge amenazadora segun las impresiones que la dominan.

Tal se nos ofrece el primer orador, tal se nos presentan despues los colosos de la palabra en todos tiempos.

« El hombre, dice un abogado elocuentísimo <sup>1</sup>, cambia sus vestiduras, se convierte en un *númen* que habla por boca de un mortal inspirado, y con la magia de su poder y su grandeza domina los corazones, subyuga la razon, é impele y arrastra á su capricho la voluntad. »

---

1 D Joaquín María López.

Atenas fué, como veremos más adelante, la cuna de la elocuencia.

Los atenienses, que se conceptuaban nacidos de su propio suelo, sin que debieran su origen á otros hombres, por más que sus instituciones primitivas denuncien su origen extranjero, son los primeros que *sienten, admiran, aplauden y premian* los triunfos de la palabra oratoria.

Anticipemos ántes de entrar en detalles más concretos, resumamos, por vía de preámbulo á la historia de la elocuencia antigua, las causas que en general motivan su gran desarrollo en Grecia y Roma <sup>1</sup>.

Un *idioma* rico, flexible, armonioso, abundante en raíces, espontáneo en sus construcciones, múltiple, variado, incisivo, mezcla de diversos dialectos <sup>2</sup>, favorece en primer término el desarrollo de la elocuencia en Grecia; que despues de un período de *reflexion*, se eleva rápidamente hasta el punto de alucinar á muchos que sostienen apareció de súbito en Atenas en su mayor apogeo y mayor grandeza <sup>3</sup>.

La *religion* transplantada de Oriente sin perder sus caracteres, conservando con pequeñas variantes todos los símbolos, las alego-

1 Evitaremos repeticiones abarcando bajo una mirada el cuadro que en detalle hemos de estudiar más adelante.

2 La lengua griega tiene muchas afinidades con la persa antigua, con la armenia y la sanscrita, madre de las indo-europeas. Hé aquí los cuatro dialectos en que se dividió, correspondientes á las cuatro razas en que se fraccionó el pueblo griego, el *edlico*, el *dórico*, el *jónico* y el *corintio*. Terpandro, Alceo, Safo, Erina, Arion y Corina, poetas líricos, escribieron en el primero; en el segundo antiguo, Epicarmo y Sofron, y en el más moderno Timeo y Arquitas, Arquímedes Siracusano, Alcman, Tínic, Estesicoro, Simónides de Cea ó Zia, Baquilides, Píndaro, Bion y Mosco; en el tercero los filósofos Anaximandro, Anaxímenes y Anaxágoras, los poetas Homero y Hesiodo, y en uno más moderno Calino, Tirteo, Arquiloco, Mimnermo, Focílides, Teoguis, Anacreonte, Herodoto é Hipócrates: Solon escribió en griego, ático antiguo, comun ó helénico: se consideran como áticos antiguos Gorgias Leontino, Antifon y Andócides, los trágicos Sófocles y Eurípides, Aristónes, Tucídides y Platon, y más posteriores Jenofonte, Lisias, Isócrates, Esquines y Demóstenes. *Historia de la Literatura griega* del Dr. don Jacinto Díaz.)

3 Error muy comun en los críticos é historiadores, que refutaremos oportunamente.

rías y las fábulas de la India y del Egipto ; mezcla de diversos orígenes, bien pronto enriquecidos con nuevas y fantásticas creaciones ; dividida en un principio en tantas ramas como tribus ; extendiéndose primero por las ciudades y más tarde por la nacion entera, la religion griega no inviste un carácter único ; ántes bien en su misma variedad encarna su belleza poeticos y singulares encantos.

La personalidad humana que, si bien en un concepto equivocado, tanto preocupó á los griegos, dió á su culto formas diversas que las que habian dado al suyo los pueblos antiguos ; humanizaron esas formas, primero en creaciones imposibles de una existencia material ; más tarde en héroes cuyos atributos era dable aceptar y concebir.

En Grecia no habia acto de la vida pública ó de la vida privada en que no tuviese una inmediata intervencion una divinidad protectora, por lo que es muy frecuente hallar en el principio de todo discurso griego una invocacion á los dioses.

Sin recordar los caracteres ideológicos y etnográficos, sin tener en cuenta el elemento religioso de la civilizacion y la cultura griega, no es dable explicar satisfactoriamente ciertos giros, determinados pasajes de los oradores de que hemos de hablar más adelante.

Hoy no puede estudiarse la historia, siquiera sea un solo ramo el que haya de fijar nuestra atencion, sin acudir á todos los elementos constitutivos de la civilizacion y la cultura del pueblo á que debamos referirnos.

Favoreció mucho á la imaginación el culto griego, y en este sentido influyó de un modo notable en la oratoria. Cuando se dice que el paganismo carecia de dogmas, de principios, de moral y de enseñanza alguna, se falta á la verdad ; los Santos Padres reconocen en sus obras cuanto de dogmático, moral y serio encarnaban las creencias paganas, siéndonos precisamente por sus obras en gran parte conocida la teogonía de los pueblos antiguos.

Para los griegos, *belleza* y *virtud* eran sinónimos, y ejercian un poderoso influjo en las decisiones más importantes relativas al

modo constitutivo de ser de la república. Los versos de Eurípides rompieron las cadenas de los siracusanos, y la narración de Herodoto y las poesías de Píndaro y Corina contribuyeron mil veces á salvar la vida á ciudadanos condenados á los más severos castigos y las más crueles expiaciones.

Un gusto delicado, puro, extensivo á las clases más humildes de la sociedad. Las diversiones, los espectáculos, las coronas arrojadas ó distribuidas en los juegos públicos, todo esto vino á favorecer en Atenas, y más tarde en Roma, el desarrollo de la elocuencia, imponiéndola una fisonomía especial que ha llegado hasta nosotros en términos que casi podemos admirarla en todo su esplendor.

Costó no obstante á los pueblos muchos siglos el verse libres del imperio de la fuerza. La antigüedad, en medio de sus extravíos, guiada por ese instinto que dice al hombre *anda*, acepta una fórmula imperfecta, insegura, pero gérmen de grandes hechos, de heroicos sacrificios y atrevidas conquistas en el orden científico, en el orden político y moral.

Esa fórmula á que nos referimos, y que contribuyó muy especialmente al nacimiento de la elocuencia, y á su gran desarrollo en Grecia y Roma, es el *socialismo*; palabra que asusta hoy; esfinge pavorosa con que se amenaza á los pueblos modernos; que unos intentan conjurar por medio de la violencia, y otros por medio de la libertad: problema constantemente discutido, analizado y estudiado por las escuelas que se disputan el predominio de la opinion, y del que no podemos ni debemos ocuparnos en este sitio, sino en cuanto se refiere á nuestro propósito.

El socialismo, sentimiento universal al que lo sacrifican todos los griegos y los romanos; que llega á ser la divinización del Estado, personificado en la república y la patria; que absorbe el interés individual en el colectivo y general: que aniquila la moral privada y destruye la familia, forma uno de los motivos más valiosos, una de las causas más culminantes de la cultura

griega y romana, determinando el carácter *politico* y *forense* de su elocuencia.

El socialismo, que renace en nuestros días bajo fórmulas análogas, pero no idénticas á las antiguas; que aspira al triunfo de las ideas democráticas, asociándola al desarrollo de la industria y del trabajo de que nuestro siglo se muestra ávido é insaciable, favorece grandemente en Grecia y Roma la elocuencia.

Atenas es en la antigüedad el más vasto escenario de la oratoria política, como Roma lo fué de la oratoria forense; pero en uno y en otro de estos dos pueblos, si la discusión era constante, enérgica y animada, era porque el socialismo imprimía el sello de su intransigencia y su exclusivismo á aquella civilización, haciendo de la palabra el camino y el medio de adquirir y conquistar los primeros puestos de la república.

El pueblo ateniense y el pueblo romano que vivía de continuo en las plazas públicas; que oía, tomaba parte y decidía por sí los asuntos que tan vivamente le interesaban: el pueblo hasta entónces *arrastrado*, nunca *persuadido*, era natural que honrase y distinguiese á los que por medio de la palabra le mostraban por vez primera el secreto de su poder y su grandeza.

Reunido en las *Asambleas* de la Grecia ó en los *Comicios* de Roma, era actor ó testigo de una discusión animada, constante, no pocas veces agresiva y grosera hasta el insulto. Aleccionado en esas luchas gigantescas, rechazaba á todo aquel que no se presentaba en la arena del combate provisto de todas armas, y cada día les pedía y les exigía más.

La organización política, la diversidad de los tribunales, todo esto unido al estudio de la jurisprudencia, de la retórica, de la filosofía y del derecho, dieron á los oradores de Grecia y Roma una superioridad á que en cierto sentido y bajo diferentes aspectos no se ha llegado nunca después.

Los negocios más arduos se trataban y resolvían por medio del raciocinio y la discusión. Se estudiaba cuidadosamente el medio de manejar las voluntades, y en aquellos continuos debates de la

virtud y la ambicion, del patriotismo y la vanidad, del interes y la envidia, de la abnegacion y la venganza, se empleaban toda clase de argumentos, se aducian toda clase de pruebas, se apelaba á los recursos mas extraños, se formaban en fin, grandes tribunos y grandes oradores forenses.

Entre las causas que favorecen el desarrollo de la elocuencia en la antigüedad, la gran mayoría fueron comunes á los dos pueblos donde por primera vez se cultiva la palabra como arte; donde se escucha á los oradores como oráculos en las deliberaciones públicas, haciéndolos dueños, árbitros de la paz y de la guerra, terror y azote de la tiranía, y arma funesta no pocas veces de la opresion y la injusticia.

El carácter de la civilizacion griega y romana se refleja de un modo admirable en su elocuencia; justificando esta verdad, este hecho histórico, innegable, incontrovertible, el gran interes de los estudios que vamos á emprender.<sup>1</sup>

La lucha de clases en Atenas se verifica en las calles, en las plazas y en los pórticos de los templos; en la república romana se hace ostensible por medio de la ley y las rebeliones de la plebe. En Grecia una causa criminal se convertia siempre en una lucha política; en Roma una contienda política era en definitiva un debate judicial. El carácter de ambos pueblos se muestra en su elocuencia de una manera ostensible: la rivalidad entre Pisistrato y Solon inviste un carácter político, al paso que la lucha entre los patricios y los plebeyos se hace ostensible en Roma por medio de la ley y de las rebeliones del pueblo. La Terentila da origen á la formacion de las *Doce Tablas*, y la retirada al monte Aventino á la creacion de los tribunos, realizándose lentamente la emancipacion de la plebe por las leyes agrarias y las rebeliones de los Gracos.

---

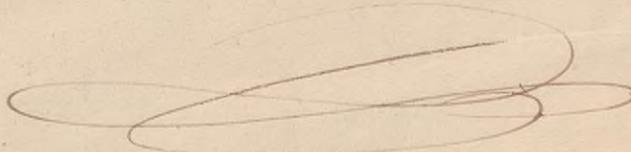
<sup>1</sup> Hecho que se reproduce despues, que se reproduce hoy y reproducirá siempre, pareciendo extraño que se haya mirado con tanto desden el estudio de la historia de la palabra como manifestacion de la cultura, de la libertad y del progreso humano, no sólo entre nosotros, sino áun entre los extraños.

Los romanos, dados al desarrollo práctico de la vida, concedían sin embargo, ménos al poder de la palabra que los griegos. Su constitucion política, fuerte y poderosa por la unidad de los intereses y de la accion, no consentía una intervencion tan directa de los oradores en las resoluciones públicas, como acontecia en las repúblicas de la Grecia, donde la elocuencia constituía la ocupacion única, exclusiva de los ciudadanos.

Lysias, Iseo, Isócrates y áun el mismo Demóstenes no fueron más que oradores; los Gracos, Pompeyo, Casio, Ciceron y César fueron á la vez que oradores, magistrados, pontífices, pretores, cónsules, tribunos, jurisconsultos y guerreros.

Era, por último, costumbre en Atenas pronunciar el elogio fúnebre de los guerreros muertos en el campo de batalla, y esto contribuyó, como veremos más adelante, á dar un gran impulso á la elocuencia, imprimiéndola en todos sentidos un sello eminentemente político.

Los pueblos griego y romano cumplieron, pues, sin darse cuenta de ello, la ley del progreso; progreso doloroso, como le llama un célebre orador sagrado de nuestros dias, por cuanto el hombre se halla condenado á reconquistar por el *sufrimiento* la grandeza perdida por el *placer*; pero basando esa ley fija, constante en un principio desorganizador, la historia de esos pueblos nos presenta, estudiada á la luz de una filosofía verdaderamente racional, ejemplos numerosos de las tristes consecuencias que acarrea el fundir en los estrechos moldes del fanatismo político las grandes cuestiones que afectan al órden social y al órden civil, á la formacion de las leyes, á la declaracion de la paz y de la guerra, á la lucha de clases, y á otras cuya importancia venia á ser en Grecia y Roma la misma que se daba á los negocios en que se interesaba un particular: solidaridad de pasiones y afectos que contribuyó á dar mayor importancia en la antigüedad á ese género de oratoria, cuyo carácter distintivo es la elevacion, el interes general, la lucha ardiente de las pasiones, la defensa del honor é integridad nacional; la de los más grandes objetos para



el hombre constituido en sociedad, de la elocuencia *politica*, en fin, que si bien nace casi al mismo tiempo que la *forense*, no forma en definitiva, como pretende Berryer, un solo género de oratoria, sino que ostenta sus más brillantes atractivos en medio de la turbulenta agitacion de las repúblicas de la Grecia, así como el espíritu razonador, eminentemente práctico del pueblo romano, nos ofrece la elocuencia *forense* á su más grande altura.

Lo que hoy nos parecería ridículo, lo que no podriamos tolerar contribuia entónces á los progresos de la palabra oratoria. El gesto, los movimientos, la prosodia artificiosa del idioma, las fuertes inflexiones, la cantidad de las sílabas <sup>1</sup>, todo era objeto de desvelo y cuidado para aquellos oradores, muchas de cuyas arengas y más famosos discursos, despojados de aquellos atractivos, se caen hoy de nuestras manos por lo fatigosas, por lo frias y sin color.

Grupo todo él de circunstancias que vinieron á dar un decisivo impulso á la oratoria en Grecia y Roma, y de las que hemos creido deber ocuparnos anticipadamente, así como de otros particulares, para evitar en lo sucesivo enojosas y frecuentes digresiones, y promover hácia estos estudios el interes de nuestros lectores.

1 La prosodia artificiosa del idioma, las fuertes inflexiones y la cantidad de las sílabas no podia pasar desapercibida para nosotros al hacer una ligerísima reseña de las causas generales que contribuyen á los grandes triunfos de la elocuencia, á los progresos del arte oratorio en Grecia y Roma. El carácter de gesticulacion, expresion sonora, y aún podemos decir el gusto musical de las antiguas lenguas ha desaparecido, conservándose tan sólo en los pueblos á quienes ha llegado algo del cáuce abundantísimo que fertilizaba aquellas regiones privilegiadas cuya historia vamos á recorrer en una de sus fases más bellas é interesantes.

### CAPÍTULO III

Primer aspecto, bajo el cual se nos ofrece en la historia la palabra como elemento consciente é ilustrado de persuasión.—Epoca primera de la elocuencia griega : Solon.—Pisistrato.—Elocuencia militar.—Retóricos y sophistas.

El nacimiento ó aparicion del arte oratorio data en nuestro sentir de la constitucion política de la Grecia. Desconocido en la primera época de la civilizacion, que podemos llamar, siguiendo á Vico, *la edad de los dioses*, porque, como dejamos dicho, durante ella la idea religiosa absorbe la personalidad é imprime un carácter tiránico y restrictivo á todas las manifestaciones del espíritu, brota espontánea y naturalmente cuando á esa edad sucede la de *los hombres*, y la vida pública principia á agitarse y desenvolverse.

La oratoria, al contrario de las otras artes, y las demas ciencias, no la reciben los griegos de los egipcios. Los griegos son los padres verdaderos de la elocuencia, y desde Horacio todas las generaciones han repetido sin contradiccion los versos del poeta latino :

*Gravis ingenium Gravis dedit ore rotundo  
Musa loqui.*

Hija de la belleza y del sentimiento la palabra artística no pudo ser cultivada hasta que el pueblo griego poseyó en alto grado la idolatría del arte y la libertad. Por esto la vemos dibujarse en Solon y Pisistrato; retroceder en cierto modo bajo el imperio de los retóricos y sophistas; elevarse á su mayor altura en Demóstenes y Esquines, y decaer más tarde, para no volver á aparecer hasta que la sacaron de su abatimiento y postracion los Santos Padres, sirviéndose de la hermosa lengua griega para difundir y enseñar la buena nueva destinada á iluminar el mundo y á guiar por senderos de gloria, de verdadera gloria, á la humanidad <sup>1</sup>.

Precede evidentemente, en nuestro sentir, á la palabra como expresion artística del pensamiento humano, á la elocuencia propiamente dicha, ó sea tal como la dejamos definida en los capítulos anteriores, un período histórico en el que la crítica no ha fijado hasta el presente que sepamos, con gran esmero su atencion.

Periodo de espontaneidad relativa, de cierta reflexion y estudio, durante el cual no es, sin embargo, todavía la palabra producto del genio dirigido y aleccionado por las reglas del bien decir.

Periodo que podemos llamar de *iniciacion*, en el que se distinguen hombres superiores, dotados de un lenguaje enérgico é ilustrado, pero á quienes no puede darse todavía con propiedad el dictado de oradores; esclarecida vanguardia de la pleyade ilustre que les sigue inmediatamente, y que tan alto supo colocar el nombre de Atenas bajo el punto de vista de estos estudios.

La elocuencia no es todavía un arte; pero los que de ella se sirven para encauzar los destinos del pueblo griego, se muestran dotados de conocimientos diversos, y de cierto *instinto oratorio*, cuyos resultados se dejan sentir en el éxito y la influencia de su palabra.

Esta es en realidad la época primera de la elocuencia griega.

---

<sup>1</sup> La division histórica que dejamos hecha se refiere única y exclusivamente á la elocuencia griega.

## SOLON (640-559).

Destácase en primer término, destácase en los albores de la cultura griega la majestuosa y simpática figura de Solon, como foco luminoso, como impulso fuertísimo hácia el bien y la libertad.

Las dos célebres repúblicas, Esparta y Atenas, tuvieron dos famosos legisladores, Licurgo y Solon, los cuales imprimieron el sello de su carácter á su civilizacion.

Con sólo el predominio de sus patrióticos consejos, y el ejemplo de sus virtudes, Solon modifica, cambia y suaviza la índole cruel, tornadiza é indomable de sus conciudadanos, é inicia los triunfos de Marathon y Salamina.

Revelando á los atenienses el poder de la palabra en las deliberaciones públicas, echa los cimientos é inicia en la historia la primera fórmula de la elocuencia política, que los griegos ensalzaron á su mayor altura, al calor de las instituciones que supo legarles este grande hombre, modelo de patricios, dechado de ciudadanos, y ejemplo digno del mas alto respeto para la posteridad.

Descendiente de Codro, Solon era hijo de Exequestidas, que en hacienda y poder gozaba, segun Plutarco <sup>1</sup>, de una modesta medianía, lo cual le obligó á viajar en sus primeros años para adquirirse el sustento y crearse una posicion mas desahogada é independiente.

A sus relevantes cualidades, á su amor á la libertad, á sus talentos y vasta ilustracion, atribuir debemos la influencia de Solon en la suerte y los futuros de la Grecia. Influencia que se arraiga, que dura, que vive durante más de una centuria, constituyendo la savia de la cultura ateniense, á la cual se debe en último término, el perfeccionamiento, el gran desarrollo del arte oratorio en la antigüedad.

---

1 *Vidas paralelas.*

Solon no es sólo el fundador del primer gobierno democrático del mundo, sino el instituidor de las más relevantes virtudes cívicas. Su moral encierra el gérmen de una filosofía racional y elevada; sus leyes, aceptadas en parte por los pueblos modernos, son modelo de sabiduría, de prevision y tacto político <sup>1</sup>.

Es el primero que se atreve á confiar resueltamente al pueblo la decision de los más graves y transcendentales negocios de Estado, dejando la *iniciativa* á los sabios y el *consejo* á los ancianos; pero dando á la juventud y á la plebe participacion en el *acuerdo*, aleccionándola ántes por un procedimiento hasta entonces desusado, por un procedimiento nuevo, por el procedimiento de la *discusion*.

Todo asunto de alguna gravedad se sometia al pueblo ateniense reunido en pública asamblea. El pregonero invitaba primero á los ancianos, y despues á los jóvenes para que emitiesen su dictámen, y sólo despues de agotado el debate, tenia lugar la *votacion*.

Dulce, afable, sabio, prudente y enérgico, Solon emplea una elocuencia vehemente, pero á la vez grave y severa <sup>2</sup>, insinuante y persuasiva <sup>3</sup>.

La posteridad ha conservado de Solon varias composiciones poéticas, trozos, máximas y pensamientos, por los cuales podemos inferir aproximadamente cuál sería el estilo y el giro especial de su palabra.

Reproduciremos algunos de estos trabajos conservados por el juicioso Plutarco <sup>4</sup>, y traducidos á nuestro idioma castellano por un erudito y elegante escritor <sup>5</sup>.

1 Han escrito sobre ellas Boc, Van-Linburg, Brower y Schoeman.—Isócrates, Plutarco, Santiago Barthelemy y W. Grote, son sus mejores biógrafos y más eruditos admiradores.

2 Plutarco, obra citada.

3 D. Jacinto Díaz, *Historia de la literatura griega*.

4 *Vidas paralelas*.

5 D. Antonio Ranz Romanillos.

Ocupándose de la verdadera riqueza escribía :

El que posee gran copia de oro y plata,  
Campos extensos de abundantes mieses,  
Y mulas y caballos, y el que sólo  
Tiene un pasar honesto que le baste  
A comer y vestir cómodamente :  
Y si en mujer é hijos á esto acreces  
Belleza y juventud, la dicha es llena <sup>1</sup>.

En otro lugar :

Yo bien deseo en bienes ser muy rico :  
Más no los quiero por injustos medios,  
Que viene al fin la inevitable pesadumbre.

En otro :

Muchos malvados en riqueza abundan,  
Y muchos buenos gimen en pobreza ;  
Mi virtud no cambio con sus bienes  
Que ésta siempre es de un modo, y de riqueza  
Usa ó abusa el hombre á su capricho.

Hablando de sí :

Salvé sin tiranía el patrio suelo,  
Y sin usar de inexorable fuerza,  
Que mi brillante honor manchado habria ;  
Alzo por ello sin rubor mi frente,  
Y á todos los demas en esto venzo.

<sup>1</sup> Agregas, añades.

<sup>2</sup> Cumplida, cabal, completa.

Refiriéndose á lo que habrían hecho otros, siendo dueños del poder que á él tan por completo y sin restricciones le fué otorgado, decía :

No se habria del mando desasido,  
Ni en paz dejado, ni en reposo al pueblo,  
Hasta exprimir su sustanciosa sangre.

En otro pasaje :

Al pueblo di el poder que bien le estaba  
Sin que en honor ganara, ni perdiera :  
Los que excedian en influjo y bienes,  
Ser injustos por esto no podian :  
A todos los armé de fuerte escudo :  
Mas de vencer en injusticia á nadie  
Se dispensó la autoridad violenta <sup>1</sup>.

Censurando una arenga de Ariston, escribia :

Os pagais de la lengua y las palabras  
De un hombre enlabiador y artificioso,  
Una astuta vulpeja <sup>2</sup> tras sí os lleva  
Y teneis todos la razon lisiada.

Lamentándose sus amigos de su suerte, les reprendia en estos términos :

Si teneis que sufrir, vuestra es la culpa ;  
No de los dioses la llameis castigo,  
Dando vosotros alas á estas gentes <sup>3</sup>,  
Los habeis ensalzado, y ahora el premio  
Es una torpe y mala servidumbre.

<sup>1</sup> Hacia Solon con esto el elogio de sus leyes, que impedían toda violencia y toda injusticia por parte de la autoridad refrenada por la participación del pueblo en el poder público.

<sup>2</sup> Zorra, eludiendo á la astucia de Ariston.

<sup>3</sup> Aludiendo á Pisistrato y sus partidarios.

Entrado en años solia repetir :

Me hago anciano aprendiendo cada dia.

Fatigados los atenienses de la dilatada y sangrienta guerra que por Salamina habian sostenido con los de Megara, establecieron por ley, y bajo pena de la vida, que ninguno hablase de emprender de nuevo la lucha. Solon, no conforme con esta resolucion, que estimaba humillante é ignominiosa, se finge loco, compone un poema, lo estudia de memoria, se encamina á la plaza pública, sube en el escaño del muñidor, y recita cantando una elegía cuyo comienzo era el siguiente <sup>1</sup> :

De Salamina vengo, la envidiable,  
Y este lugar en vuestra junta ocupo  
Para cantaros deleitables versos.

.....

Los atenienses acuden en tropel; rodean al poeta y al compas de sus versos sienten inflamarse su corazon. Pisístrato adivina el efecto mágico de aquella composicion, y favorece por interes propio los fines de su antagonista. La ley queda abolida, y á grandes gritos el pueblo proclama y decide de nuevo la guerra.

Ved aquí el efecto de la palabra en las resoluciones salvadoras de un pueblo; ved aquí un triunfo legítimo de la elocuencia colocada al servicio de una causa patriótica y justa.

Transcribiremos para concluir un trabajo poco conocido, una arenga dirigida al pueblo por Solon, y que traducida por Demóstenes en forma de discurso, dará una idea mas acabada de la elocuencia del repúblico ilustre de que venimos ocupándonos.

Compadecido é irritado Solon de los vicios de los atenienses, lamentando el desprecio con que miraban la ley, su aficion des-

---

<sup>1</sup> Plutarco dice que constaba de cien versos trabajados con mucha gracia.



medida á las riquezas, los abusos de los gobernantes, y los peligros que les amenazaban, les habló de esta manera : <sup>1</sup>

«Gracias á Júpiter y á los demas inmortales, jamás se verán por tierra los muros construidos por nuestros mayores. Atenea, hija del Padre de los Dioses, extiende su mano benéfica y poderosa sobre ésta nuestra ciudad querida. No pretendas ¡oh pueblo! arruinarla con tus vicios ni destruirla con tu desmedida afición á las riquezas. Los que te dirigen, te extravían, y en vez de aprovechar sus talentos para enseñarte y encaminar tus pasos hácia la paz y la virtud, atraen sobre tí los mas grandes desastres. — ¡Oro! gritan; ¡Oro! ¿qué importa la justicia?—Nada hay sagrado para ellos, ni nada seguro en sus manos. Se atenta al tesoro de los Dioses y á la fortuna de los particulares, con menosprecio de Témis, que lo ve todo en silencio : ¡oh! el tiempo se encargará de vengarla. Males terribles se extienden por todas partes. La libertad se trueca en servidumbre; la discordia, gérmen de la guerra, cunde y se infiltra por doquiera, amenazando convertirse en voraz incendio. La sangre de los ciudadanos enrojece ya la tierra, y este país, tan amado por nosotros desde la infancia, será primero destrozado, para despues ser vendido por sus propios hijos. Estos son los males que nos oprimen, estos los peligros que nos amenazan. La muchedumbre sufre; las casas de los ricos se ven amenazadas, y los cerrojos, las defensas naturales no sirven más que de mayor estímulo para que el mal penetre hasta sorprender en el lecho á sus confiadas víctimas. ¡Oh mis conciudadanos! Todas estas calamidades nacen del olvido y del desprecio á las leyes. *El yugo de la ley es el más suave yugo...* Todo pueblo que se estima, comienza por honrar y respetar la ley, llegando por tales medios á ser sábio, y á conquistar la integridad de sus derechos.»

Solon no se doblega nunca al interes, ni cede á la adulacion. Conserva la entereza de su carácter y la virilidad de su inteli-

<sup>1</sup> Este trabajo es el más completo que poseemos de Solon, y lo trae con pequeñas variantes Arcaadio Roda en sus eruditas y apreciables *Lecciones acerca de los oradores griegos.*

gencia hasta el final de sus días. Dulcifica las leyes de Dracon <sup>1</sup>; se vale del *catastro* para dar sin violencia participacion al pueblo en el gobierno; establece que la ofensa hecha á *uno* se entienda como hecha á *todos* los ciudadanos; modifica la organizacion del Areópago; prohíbe que se difame á los muertos, logrando por este medio que las enemistades acaben y terminen ante la santidad de la tumba; que se blasfeme, ni injurie á otro durante los sacrificios, en las juntas, en los juicios, y miéntras la asistencia á los espectáculos; inicia la libertad de testar; obliga á que los padres den oficio á sus hijos, dispensando á éstos en caso contrario de la obligacion de mantener en la vejez á sus progenitores y vigila para que nadie esté ocioso; castiga con severas penas al holgazan; ensalza á la mujer honrada y relega al desprecio público á la ramera... disposiciones todas que justifican la fama de su autor <sup>2</sup>.

Sin medios ya para contrarestar á su rival Pisístrato, pronunció aquella célebre sentencia:

—Atenienses, os habria sido fácil ahogar en su principio la tiranía; pero hoy sería más glorioso para vosotros exterminarla una vez consentida y arraigada.

Viendo que sus amigos le abandonaban y que el pueblo no le prestaba oídos, se dirigió á su casa, sacó fuera sus armas, y exclamó:

—He servido cuanto he podido á mi patria y á las leyes:

Y entrando de nuevo se consagró hasta su muerte á la medita-

1 Las leyes de Solon castigaban tan sólo con la última pena, el homicidio premeditado, los atentados ó conspiraciones contra la democracia, la alta traición, la desercion al enemigo, la profanacion de los misterios, y el sacrilegio. Por el sacrilegio se entendian delitos que hoy nos parecerian pequeñas faltas. Phidias fué acusado de este crimen por haber puesto su retrato en el broquel ó escudo de Minerva, y hubiese sufrido el suplicio á no haber muerto en la prision. Oulfried Muller, *de Phidias vitá et operibus*.

2 Escribió sus leyes en tablas ó maderos cuadrados, colocados en nichos, de modo que pudiesen girar y ser leídas fácilmente. Conservó como penas, la ignominia ó degradacion civil, la esclavitud para los extranjeros, la marca para los esclavos fugitivos ó soldados desertores, el poste en que se escribía el nombre y el delito del condenado, la prision como pena directa ó subsidiaria, la muerte, en fin, impuesta de diversas maneras. (Véase A. du Boys, *Histoire du droit criminel des peuples anciens*.)

cion y al estudio, contestando á los que se mostraban recelosos de las maquinaciones de su rival contra su persona :

—Nada temais : me escudan mi ancianidad y mi honradez.

Estimado Solon en alto grado por sus vastos conocimientos, sus talentos y sus virtudes, es el primero á quien se da el título de *Sophista*, que significaba *sabio*; y áun hoy, despues de tantos siglos, la personalidad del gran filósofo se nos ofrece rodeada revestida de la aureola más legítima, de la fama y el renombre á que todo pecho honrado debe aspirar. Solon fue *creador de su pueblo* en la verdadera acepcion de esta palabra. No creador de un vasto imperio, de una inmensa nacionalidad, de una monarquía dilatada, é imposible de regir y patrocinar ; sino creador de una república modelo, que bajo sus sábias y previsoras instituciones nace llena de vida, crece, y llega al apogeo de su grandeza por el sendero de la libertad y de la virtud, hermanas inseparables, hasta el punto que no se concibe el imperio de la una sin el calor vivificante y el predominio de la otra.

Solon enseña el primero con su ejemplo la justicia y la moderacion, y de un pueblo compuesto de aventureros, de malhechores que poblaban el Ática, hace una nacion dispuesta á seguir y practicar sus lecciones.

Ese afan por la celebridad, por la gloria que caracteriza al pueblo griego en todas las manifestaciones de la imaginacion y del talento, tiene por base, por origen el puro aliento, y el lenguaje de Solon. Solon prepara los dias más prósperos y risueños de Atenas ; Solon hace que el sol del Ática ilumine con sus rayos refulgentes no sólo las naciones antiguas, sino que hayan podido llegar hasta nosotros rayos luminosísimos de ese sol capaces de guiar por los senderos del progreso á la humanidad.

#### PISÍSTRATO. (SIGLO VI).

Plutarco designa á Pisistrato como el primero de los oradores de Atenas, y con él están de acuerdo algunos otros críticos é historiadores, concediendo unánimes á este gran adulator de las

masas, á este revolucionario insigne, cualidades relevantes muy propias para el logro de su ambicion y sus designios. Al frente del partido popular, no obstante sus riquezas é ilustre cuna <sup>1</sup>, Pisístrato es el primero que pronuncia la palabra *igualdad*, que tan falsas y peligrosas interpretaciones ha recibido en todas épocas y recibe aún en nuestros días.

Valiente y generoso <sup>2</sup>, de aspecto simpático <sup>3</sup>, de imaginacion culta, se distinguia por su aplicacion á las artes liberales, valiéndose de una palabra fácil, dulce, persuasiva é insinuante <sup>4</sup> para conquistar dos veces el poder que el pueblo le confiere de buen grado, sin comprender que era la sed de mando el móvil verdadero de todas sus estudiadas y mentidas ofertas.

Favorables las instituciones del pueblo ateniense, propicias las revueltas políticas á que daba márgen la lucha entre el elemento aristocrático y el popular al gran desarrollo de la elocuencia, algo hallamos en Pisístrato ciertamente, y aún algo más que en Solon, que no es la locucion espontánea y primitiva de que ántes nos hemos ocupado y definido. El *arte* no por ello aparece todavía en la verdadera acepcion que debemos darle. Se inicia en cierto sentido; pero se inicia valiéndose de recursos, de resortes que una sana crítica no puede ménos de rechazar.

Sabido es que Pisístrato, para obtener la confianza del pueblo, apareció un día en la plaza pública cubierto de sangre y fingiéndose herido por las intrigas de los nobles, logró que se le destinase una guardia para su custodia, de la cual se sirvió para arrojar á los Alceonidas de la ciudadela, y erigirse en jefe supremo de la república <sup>5</sup>: rasgo que basta por sí solo para comprender

<sup>1</sup> Herodoto, libro I, cap. LIX.

<sup>2</sup> Plutarco, *in Solon*.

<sup>3</sup> Ath. libro XII, cap. VIII.

<sup>4</sup> Dionisio de Halicarnasio elogia á Pisístrato como orador, y califica de *robusta, fuerte, majestuosa y varonil* su elocuencia, opinion confirmada posteriormente, toda vez que Demóstenes no se desdeñó en modelar sobre ella muchos de los rasgos que sobresalen en sus admirables discursos.

<sup>5</sup> Val. Max. libro VIII, cap. X.

las diferencias que separarian la elocuencia de Solon y la de Pisístrato, su émulo y rival afortunado.

Discípulo del gran filósofo, es filósofo y orador como él; pero orador más estimado y querido que su maestro por la ciega y siempre impresionable multitud. Legislador, abogado, tribuno, dueño, rey de las voluntades, Pisístrato atrae las miradas *hacia sí, más que hacia la república*, y en esto se diferencia, se separa del gran modelo á quien no supo imitar jamás, ni en honradez, ni en abnegacion, ni en sinceridad, ni en amor patrio, ni en ninguna de sus relevantes cualidades.

Solon es, quizá y bajo cierto sentido, ó sea en un concepto moral y filosófico, el *tipo* del orador político; pero no es el tipo que más brilla, que más se distingue, que se hace con mayor estrépito y más frecuencia aplaudir. Pisístrato, por el contrario, practica instintivamente los preceptos de la dialéctica hasta el extremo de valerse de medios reprobados, pero casi siempre de éxito seguro, para arrebatár á la muchedumbre y ganarse su voluntad y sus sufragios.

Solon crea la república de Atenas; Pisístrato la coloca al borde del abismo. El uno es el orador político honrado, cuyo ejemplo se reproduce tan pocas veces en la historia, segun tendremos ocasion de ver más adelante; el otro logró presto tener numerosos imitadores entre sus compatriotas; los tuvo más tarde en Roma, y los tiene hoy mismo. Solon ama á su patria y se sacrifica por ella: Pisístrato anhela su prosperidad, su medro personal; tiene orgullo, tiene *ambicion*, y dominado por esa pasion que ha malogrado y malogra para el bien multitud de talentos privilegiados, se finge *demócrata*, á pesar de sus instintos y sus costumbres aristocráticas; *popular*, á pesar de su odio á la libertad; mintiendo siempre, cubierto el rostro con una máscara hipócrita, consigue sobreponerse, superar á su esclarecido maestro y amigo, que en vano le disputa con su sinceridad el predominio de la pública opinion.

Luchan Solon y Pisístrato en la plaza de Atenas. Expone el

uno sus servicios á la causa de la libertad, sus leyes, sus virtudes, su cabeza encanecida, y el otro su juventud, su elocuencia dulce, insinuante y persuasiva, sus heridas fingidas, y la muchedumbre se deja engañar y sigue al que la pierde, trayéndole dos veces del destierro conducido en triunfo para otorgarle entre aplausos el poder supremo.

En algunos años, la palabra de Solon, ingénua, espontánea, verídica, inspirada en el más puro patriotismo trueca el carácter y las costumbres del pueblo ateniense.

En bastantes ménos la elocuencia de Pisístrato opera un cambio más profundo, si cabe; y á la vuelta de sus viajes Solon no conoce á su pueblo. Todo gérmen de libertad comienza á extinguirse; no se ama la patria y la república por idénticos móviles; la lucha entre los nobles, dirigidos por los Alcmeonidas, y la plebe, falsamente adulada por Pisístrato, habia llegado á tomar terribles proporciones, y todo contribuía á enervar las grandes virtudes cívicas. El arte mismo, las ciencias, las bibliotecas, las lecturas públicas de los poemas de Homero, son recursos ideados por el gran tirano para ejercer su dominacion, y ese tirano no dejaba de repetir la palabra *igualdad*, de que tantos han hecho y hacen un uso muy parecido en nuestros dias.

Imitad jóvenes, os diré aunque carezca para ello de autoridad; imitad á Solon en la sinceridad de sus intenciones, si consagrais algun día vuestra palabra al servicio de la patria. Ni Pisístrato, ni los oradores militares que le siguen despues, son tipos dignos de fijar vuestra atencion. Solon lo es y lo será siempre para los grandes patricios, para los que no van por caminos de engaño y de falsía á un fin personal, y lo sacrifican todo á ocupar el puesto que soñó su fantasía en horas de esa fiebre horrible que la ciencia médica no ha podido ni podrá curar jamás, y lleva por nombre la *ambicion*.

El *orador ambicioso* es el tipo más contrario á los fines levantados de la palabra humana aplicada á la direccion de los negocios públicos y á la defensa de los grandes intereses de las na-

ciones. Contra él debe alzarse enérgica protesta en los libros y en las cátedras de retórica y de elocuencia, haciendo ver las funestas consecuencias que la seducción y el engaño de los ambiciosos acarrearán á las muchedumbres.

Atenas se levanta, brilla como república ordenada y juiciosa cuando Solon dirige sus destinos : se prepara á la esclavitud del sable bajo el poderío usurpado con malas artes por Pisístrato (561). Tal será siempre el destino de los pueblos que no indagaran, que no procuran saber quién les habla con sinceridad y quién los engaña.

La elocuencia del gran legislador Solon fué hija de nobles y patrióticos designios ; la de su pariente y discípulo, producto hábilmente combinado de su talento y su ambición. La palabra de Solon ingenua, franca, leal ; la de Pisístrato robusta, varonil y majestuosa <sup>1</sup>, pero esencialmente artificiosa, como dirigida á un fin poco digno y levantado. La una llena de abnegación y desinterés ; la otra de afectos fingidos y trágicamente expresados ; preludio esta última de muchas otras de que habremos de ocuparnos en el transcurso de esta obra, y que si no bastan á justificar en absoluto las prevenciones injustas y la suspicacia y recelos de muchos contra la elocuencia, habrán de modificar el entusiasmo ciego de los que inspirándose en ideas más expansivas y generosas quisieran fiarlo todo al exclusivo predominio de la oratoria.

La historia no debe escribirse, ni leerse en vano ; es preciso sacar de ella lecciones, enseñanzas prácticas para la vida. El contraste que nos ofrecen en su gigantesca lucha ante el pueblo ateniense Solon y Pisístrato, es un espectáculo que se repite con frecuencia y muestra la gran dificultad de distinguir muchas veces el *bueno* del *mal* orador, si sólo se les estudia por los efectos de su elocuencia ante el gran jurado, no siempre atinado é imparcial, de la opinión pública.

Pisístrato venció á Solon y se debió esto al mal uso de sus fa-

<sup>1</sup> Dionisio de Halicarnasio.

cultades, al empleo de su palabra con un fin contrario á las exigencias del *deber*, que en sentir, acertado por cierto, de un orador contemporáneo <sup>1</sup>, «es el valor en los hombres públicos.» No existiendo éste, no hay elocuencia que supla, en los que se consagran á la política, á la falta de virtud y de moralidad tan precisa é inexcusable al orador en todos los géneros de la pública locucion.

Solon habla á los atenienses el lenguaje de la verdad; Pisístrato, egoísta y ambicioso, halaga sus pasiones, y el triunfo es para este último por espíritu en la plebe de novedad.

Ménos odioso que otros tiranos, Pisístrato protege las artes segun dejamos dicho, para mantener al pueblo contento y sumiso <sup>2</sup>, abre una biblioteca <sup>3</sup>, ordena los poemas de Homero <sup>4</sup>, y difunde por doquiera el amor á la suntuosidad y la ostentacion á que tanto se prestaba el carácter y las aficiones del pueblo griego.

Las arbitrariedades de Pisístrato y el desenfreno de sus hijos atrajeron sobre los atenienses grandes calamidades.

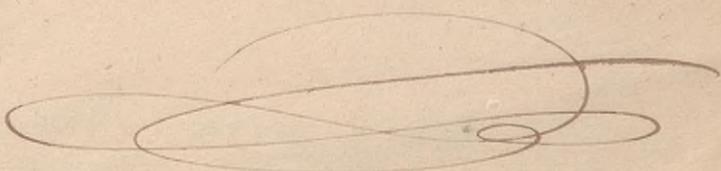
A su muerte se establece de nuevo el gobierno democrático, renace enérgico y poderoso el sentimiento de la libertad, y las guerras médicas (500 años ántes de J.-C.), cambiando la direccion de los espíritus, hacen que la elocuencia, reflejo de las costumbres, adquiriera durante un largo espacio de tiempo un carácter militar, personificado, si así nos es lícito expresarnos, en

1 D. Carlos Navarro y Rodrigo.

2 Aristóteles, *Polit.* libro V, cap. IX.

3 Dacier, notas á su traduccion de Plutarco, y Aulo-Gelio, lib. IV, cap. XVII.

4 Platon dice que Hipparco, el mayor y más sabio de los hijos de Pisistrato, fué el primero que trajo á Atenas los libros de Homero, obligando á los rapsodas á recitarlos alternativamente en las grandes fiestas Panateneas, costumbre que se conservaba en su tiempo, y no contento, añade, con instruir á los habitantes de las ciudades, extendió su solicitud á la de los hijos del campo, haciendo poner en los pilares que dividian los términos, marcaban las heredades ó designaban los caminos inscripciones notables, entre las que cita éstas.—Camina pensando en la justicia.—No engañes nunca á tu amigo



MILCIADES, que con 10.000 hombres y algunos esclavos se presentó en Maraton y combatió á los persas <sup>1</sup>; en THEMÍSTOCLES <sup>2</sup>, hombre de pasiones impetuosas, activo, de palabra arrolladora <sup>3</sup>, mezcla de tribuno y hombre de Estado, y por último, en ARÍSTIDES que supo eclipsar la fama de su rival por la abnegacion y las virtudes <sup>4</sup>.

El Ab. Henry <sup>5</sup> cita á CLISTHÉNE como uno de los que contribuyeron con su palabra al restablecimiento del gobierno democrático; á MNÉSIPHILE, discípulo de Solon, y á THARGÉLIA célebre en toda la Grecia por su belleza, por su mérito extraordinario, sus raros conocimientos y su *palabra*, y á la cual se dió tambien el título de sophista.

En tanto que la escuela de Atenas fomentaba y engrandecía el imperio de la elocuencia, y aleccionaba á los oradores, más por la fuerza de sus ejemplos que por la sutileza de sus preceptos, Syracuse, la Atenas de la Sicilia, se mostraba su rival en todas las artes, y principalmente en lo que se referia á los medios científicos y doctrinales del bien decir.

Quintiliano, Sexto Empírico, Aristóteles, San Atanasio y cuantos más ó menos incidentalmente han querido explicar el origen de la elocuencia, están conformes en designar á Syracuse como la cuna del arte oratorio. Allí por lo ménos se *escribieron preceptos*; allí se abrió por CORAX, amigo y confidente de Hieron, la primera escuela de elocuencia; allí se sintió por todos los ciudadanos, si bien no mucho ántes que en Atenas, la necesidad y la conveniencia de hablar bien para reclamar sus propiedades y sus derechos <sup>6</sup>; allí, por último, aparecieron los primeros retóricos

<sup>1</sup> César Cantú, *Historia universal*.

<sup>2</sup> Que aparece 50 años despues de Solon, hijo de padres humildes.

<sup>3</sup> Ciceron le califica de gran orador y hábil político. *Brutus VII*.

<sup>4</sup> Murió el año 461 ántes de J.-C.

<sup>5</sup> *Précis de l'Histoire de l'Éloquence*.

<sup>6</sup> Esta opinion la consignaron Ciceron *De Clar. orat.* x y Quintiliano *Int. orat.* libro II, cap. X.

ofreciéndonos este notabilísimo período de la historia de la palabra una enseñanza consoladora, toda vez que nos hace ver que hasta el error favorece la ley fija y constante, el dogma de progreso, que sólo los ciegos y sistemáticamente obcecados se atreven á negar.

Los primeros pasos del arte son, empero y bajo cierto sentido, funestos al arte mismo: la oratoria que no es ni debe ser otra cosa que la *aplicacion acertada de los preceptos de la sana razon*, la oratoria se separa apenas nace de su gran maestra la naturaleza, y basada en la dialéctica <sup>1</sup> va aumentando rápidamente los preceptos hasta llegar á un punto que se hacia imposible retenerlos todos, convirtiéndose en esclavos de sus propios artificios los que pretendian por tales medios ser oradores.

Dedicando todo su cuidado á la locucion, los retóricos que se daban á sí mismo el modesto título de sabios *entre los sabios*, lograron hacerse dueños de la multitud, y formando en su principio una clase distinta de los oradores y de los filósofos, cultivaron con fruto la ciencia de la política y del gobierno.

Pronto se separaron los retóricos y sophistas del buen camino y mezclando la sabiduria con el arte de litigar, dotados de un espíritu más superficial que profundo, prostituyeron en cuanto á su uso el don más preciado del hombre, llegando á sostener como síntesis de sus doctrinas que «toda opinion es cierta y verdadera;» fórmula que ciertas escuelas filosóficas de nuestros dias han vuelto á resucitar, proclamando que toda doctrina por sólo el hecho de ser *racional* es verdadera.

Fué la primera y principal ocupacion de los sophistas enseñar la elocuencia, segun dice Platon en sus *Diálogos*, y confirman otros escritores, que se han ocupado con más ó ménos desde de

---

1 *Arte de raciocinar dialogando ó de descubrir y demostrar la verdad; en un sentido ménos lato significa el arte de encadenar los argumentos, de presentar las pruebas, de raciocinar con método. En la escuela de los Peripaléticos, arte de las conjeturas, teoría de las probabilidades.—Diccionario enciclopédico de la Biblioteca Universal y Roig.—1833.*

los representantes de esta escuela, para cuyo desarrollo y preponderancia favorecieron mucho en Atenas las circunstancias.

Gente extraña, dice el Ab. Andrés, deben parecernos los retóricos y sophistas viéndoles unas veces honrados por el pueblo, otras combatidos y censurados duramente, oídos y buscados siempre por todos.

Estuvieron en moda por largo tiempo en la Grecia culta estos exagerados y poco comedidos partidarios del arte oratorio y abusaron de su preponderancia. De Syracuse pasaron á Atenas, y el concurso y la celebridad de sus escuelas atraieron sobre ellos honores no otorgados á otros hombres no ménos ilustres, aumentando estas distinciones exajeradas su petulancia y vanidad.

La prosa substituyó á la poesía cuando esta última habia recorrido ya sus períodos más florecientes, y de los prosistas á los retóricos no hubo más que un sólo paso que dar, habiendo entre los censurados y ridiculizados <sup>1</sup> retóricos y sophistas, prosistas dotados de un talento poco comun y de un mérito indisputable.

TISIAS, discípulo de Corax; PROTÁGORAS DE ABDERA, <sup>2</sup> hijo de Artémon (489-438), primero que recorre las ciudades dando lecciones de filosofía y de retórica <sup>3</sup>; de genio activo, de imaginacion ardiente, aficionado á las cuestiones más difíciles é intrincadas, y á quien debe considerarse como uno de los principales jefes de los sophistas, cuya profesion ejerció por espacio de muchos años, y entre cuyos discípulos contó á Sócrates; HIPIAS DE ELEA (436), que reunió grandes riquezas, y viajó por casi toda la Grecia, tipo el

1 Isócrates los llama impúdicos; Ciceron *in Locul* se expresa de este modo: «*ste enim appellantur hi qui, ostentationis aut quæstus causa, philosophantur*; Plutarco en su obra *Malignidad de Herodoto*, y Platon y Alcidas de Elea los combaten con no ménos saña.

2 Como filósofo, Protágoras limitaba todos los conocimientos á la percepcion del fenómeno, sosteniendo que no habia diferencia entre las percepciones verdaderas y las falsas, porque segun él las cosas subsisten únicamente en cuanto el hombre las discurre.

3 «Debe tenerse presente que la sophística en su origen no era otra cosa que la retórica aplicada á la filosofía. Los sophistas hablaban ó se ocupaban de las mismas materias que los filósofos, con la diferencia que muchos de éstos desdénaban las gracias de la locucion, en la que los otros ponian el mayor cuidado; hablaban siempre como de un objeto sobre el cual habian meditado largo tiempo y que conocian profundamente.»

más perfecto de la vanidad humana <sup>1</sup> y cuyos principales discursos hubo de pronunciarlos en el gimnasio de Atenas; de memoria prodigiosa <sup>2</sup>, de estilo recargado y muy dado á anfibologías y expresiones poéticas, las más de las veces inoportunas; PRÓDICO DE CEA, discípulo de Protágoras, que fundó una escuela el año 430, elogiado por Jenofonte en sus *Memorias sobre Sócrates*, muy aficionado al uso de los *sinónimos*, y á quien se condenó, como corruptor de la juventud ateniense, á beber la cicuta; <sup>3</sup> ZENON DE ELEA, <sup>4</sup> que apareció en Atenas poco despues de Protágoras, inventor de lo que llamaba *arte de disputar*; nutrido en la doctrina sutil de Parménide, su maestro, aplicado á las paradojas, á crear y destruir argumentos capciosos, silogismos embarazosos y defender el pró y el contra, y cuya lengua compara Timon á una espada de dos filos; ALCIDAMAS DE ELEA; POLIGRATES ATENIENSE; ANTÍSTENES; TRASÍMACO; CÉFALO; CRITIAS; TEODORO y por último, GORGIAS DE LEONTE (485-378), el más célebre de todos ellos, que supo dar á su estilo más colorido en la expresion, más riqueza y grandiosidad de cuantos otros le precedieron, consagrando toda su vida al servicio de la ciencia y cuya aparicion en Atenas tuvo lugar cuando tenia una edad avanzada, <sup>5</sup> no podian ménos de ocupar un puesto distinguido en este libro.

1 Se vanagloriaba de que la sortija que llevaba en el dedo, el manto, la túnica y los zapatos eran obra de sus manos, queriendo con esto dar á entender que nada le era difícil, ni extraño, llamándose á sí mismo «sábido entre los más sábidos.»

2 Se dice que retenia cincuenta nombres pronunciados rápidamente por una persona, los cuales repetia en el mismo orden y con la misma precipitacion: esto nos parece una exageracion que citamos, porque estos alardes constituian uno de los extravios de los retóricos.

3 Las materias que trataba Pródico eran graves y todas sus obras respiraban una sólida instruccion; fué el autor de la bella alegoria de Hércules entre la voluntad y la virtud, descrita por Jenofonte en sus *Memorias sobre Sócrates* y más tarde modelo á que ajustaron muchos escritores las suyas.

4 Debe procurarse no confundirle con Zenon el Cícico.

5 Se le concedieron honores casi divinos. Critias, Pericles ya anciano, Alcibiades, muy jóvenes aún, Sócrates, y Eurípides recibieron lecciones de Gorgias Leontino; las más renombradas asambleas de la Grecia fueron teatro de su gloria, mercediendo por una de sus arengas que se le consagrara una estatua de oro. Pronunció el elogio fúnebre de los guerreros muertos en la batalla de Salamina. Murió á la edad de 107 años.

Prestaron, según dejamos dicho, si no todos, algunos de los retóricos y sophistas, servicios á la palabra artística, dignos de estima, y contribuyeron, por regla general, á encauzar la elocuencia como elemento consciente por una senda de reflexion y estudio que más tarde, y pasado algun tiempo, habria de dar excelentes resultados.

Fueron sutiles, ostentosos, vanos; se dedicaron más á escribir que á pronunciar discursos; tomaron de obras trozos sin discrecion, párrafos enteros sin oportunidad; se condujeron más como charlatanes en multitud de ocasiones que como oradores; no se mostraron escrupulosos en política, ni respetuosos con las creencias religiosas de su época; tuvieron demasiado apego al producto material de sus servicios; se perdieron en sutilezas, argumentos capciosos y en cuestiones de todo punto inútiles, como los escolásticos de los siglos medios; pero en medio de todos estos defectos y todos estos inconvenientes, contribuyeron á generalizar el uso de la palabra, á enriquecer el idioma, á dar vida al espíritu y calor al pensamiento, títulos de gloria que no podíamos negarles imparcialmente en estos estudios.

Los retóricos y sophistas que vinieron á Atenas transmitieron á sus habitantes el gusto y la afición á las reglas del bien decir, que bien pronto en aquel suelo privilegiado dieron ópimos frutos, tomando la palabra un carácter artístico, y dando de sí los primeros oradores que prepararon la edad de oro de la elocuencia griega.

Mencion aparte merecen los discípulos aventajados de la escuela de los retóricos y sophistas en Atenas, debiendo cerrar aquí el primer período, la época primera de la elocuencia griega, durante la cual, la palabra, ó no está sujeta ni subordinada á regla, á método ni plan alguno, ó es el resultado de un artificio enojoso y digno de censura con muy raras y escasísimas excepciones.

De la sencillez y la espontaneidad primitiva, se pasa al amaneramiento, al uso de términos y expresiones rebuscadas, más

propio para alucinar que para instruir y enseñar á los hombres. De Solon se va á Pisístrato, de Pisístrato á los retóricos y sophistas, sin más que un pequeño paréntesis en que brilla la elocuencia sóbria y enérgica, propia de los campos de batalla, y cuya historia haremos despues á grandes rasgos.

Período casi todo él de reflexion, en que el arte se forma lentamente y con grandes vacilaciones, ganando unas veces terreno, perdiéndolo otras en manos de exagerados preceptistas, que aumentando las reglas hasta un número increíble, lograron convertirse, según dejamos dicho, en esclavos de sus propios artificios y sus enredos.

Solon, Pisístrato y Themístocles, que se nos ofrecen como las figuras más notables de la primera época de la elocuencia griega, tienen por sucesores á los retóricos y sophistas.

Se prolonga el dominio de éstos más de cuarenta años, y á pesar de que no fué este momento de gran lucidez, de gran brillo para la tribuna, prestaron verdaderos servicios á la elocuencia los que, recorriendo las ciudades, daban lecciones de *filosofía* y de *bien decir*, que la sofística no fué en suma otra cosa que la retórica aplicada á la filosofía.

Se preparaba empero una nueva época digna de mayor y más detenido estudio.

Coinciden con muchos de los oradores que dejamos citados otros que preludian el apogeo de la elocuencia griega, marcando por ello un periodo distinto, cuyo digno remate fueron Demóstenes y Esquines.

Ocupémonos de ellos con la detencion que merecen, sin olvidar que el tránsito de una á otra época se verifica casi siempre insensiblemente, y no dejan de ser comunes á unas y á otras las reflexiones que cada una de por sí pueda inspirar á la crítica por minuciosa y detallada que pretenda ser en sus juicios é investigaciones.

propia para elevarse que para bajar y caer a los tiempos  
De donde se ve el trastorno de la vida a los nervios y a los  
tas, sin más que un punto de partida en que se halla la  
en el aire y en el agua, como en los ruidos de la vida y en  
la vida humana después de un tiempo.

Trabaja casi todo el día en la vida, en que el aire se forma  
tanto y con grandes variaciones, como en los ruidos de  
un periódico que en manos de otros se encuentran propósitos  
que en la vida humana en un momento inabarcable, la vida con  
varios, según dejamos dicho, en el aire de sus propios ruidos  
y en el agua.

Adon, el aire y el agua, que se ven ofrecer como la  
que en la vida humana en el primer punto de la vida humana que  
en la vida humana en el primer punto de la vida humana que  
en la vida humana en el primer punto de la vida humana que

El trabajo de la vida humana en el primer punto de la vida humana que  
en la vida humana en el primer punto de la vida humana que  
en la vida humana en el primer punto de la vida humana que  
en la vida humana en el primer punto de la vida humana que  
en la vida humana en el primer punto de la vida humana que

La vida humana en el primer punto de la vida humana que  
en la vida humana en el primer punto de la vida humana que  
en la vida humana en el primer punto de la vida humana que

La vida humana en el primer punto de la vida humana que  
en la vida humana en el primer punto de la vida humana que  
en la vida humana en el primer punto de la vida humana que  
en la vida humana en el primer punto de la vida humana que  
en la vida humana en el primer punto de la vida humana que

La vida humana en el primer punto de la vida humana que  
en la vida humana en el primer punto de la vida humana que  
en la vida humana en el primer punto de la vida humana que  
en la vida humana en el primer punto de la vida humana que  
en la vida humana en el primer punto de la vida humana que





## CONDICIONES EDITORIALES

---

La **HISTORIA DE LA ELOCUCION** se publicará por cuadernos de *sesenta y cuatro páginas*, con cubierta impresa en papel de color.

El precio de cada entrega será UNA PESETA, que los suscritores de Madrid abonarán al recibirla. Los de provincias adelantarán el importe de cuatro entregas, sin cuyo requisito no se servirá pedido alguno.

Hallándose terminado el original de la obra, se dará á luz sin interrupcion de ningun género, publicándose por lo ménos dos entregas al mes.

La obra constará de dos tomos de 500 páginas próximamente.

Al final de la obra se repartirán gratis á los suscritores las *Portadas* y la *Introduccion*, escrita por uno de nuestros primeros oradores.

## PUNTOS DE SUSCRICION

---

En la administraci6n de la **Sociedad Tipográfica**, calle de la Flor alta, número 1, á donde se dirigirán los pedidos y reclamaciones, y en las librerías siguientes:

BAILLY BAILLIERE, Plaza de Santa Ana, 10. — DURAN, Carrera de San Jerónimo, 2. — MARTINEZ (sucesor de Escribano), Príncipe, 25. — SAN MARTIN, Puerta del Sol, 6. — OLAMENDI, Paz, 6.

**NOTA.** Los suscritores á la **HISTORIA DE LA ELOCUCION** tienen derecho á recibir con un 50 por 100 de rebaja el **ALMANAQUE DE ESPAÑA**, libro que ha merecido una extraordinaria aceptacion, y cuyo precio en venta es de *cuatro reales*.